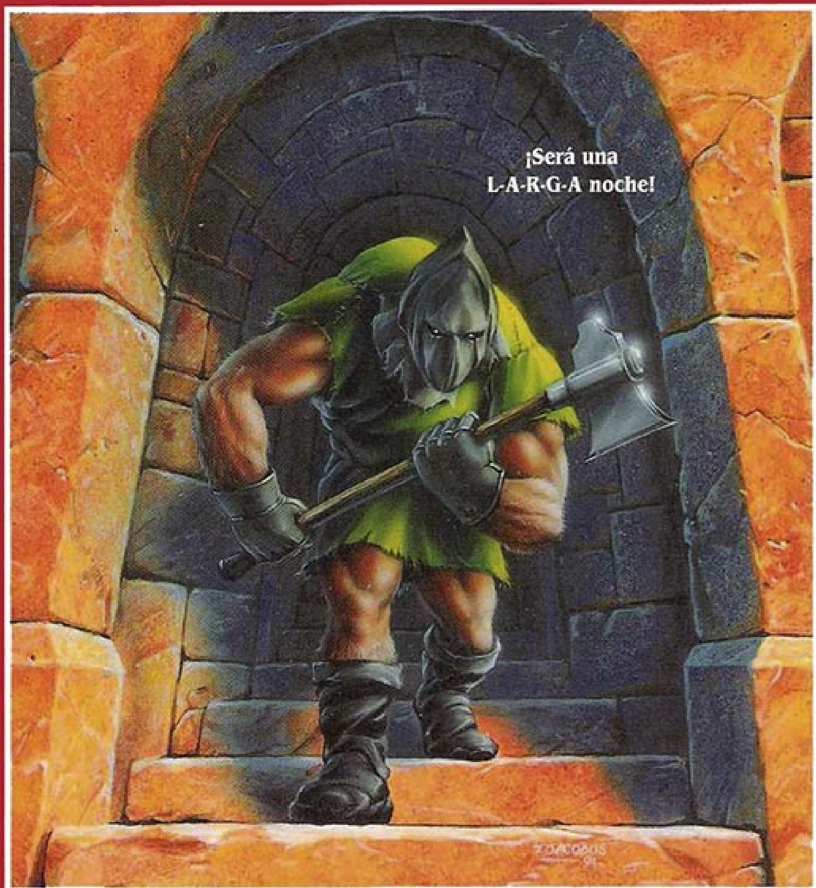
R. L. STINE

Pesadillas

Noche en la Torre del Terror



Sue y su hermano Eddie están en Londres de visita turística, cuando les surge un pequeño problema: han perdido a sus compañeros de viaje. De momento aún no hay razón para asustarse. El guía del grupo no puede haberse marchado tan tranquilo, dejándolos abandonados. Pero ellos se ven completamente solos, en esa lúgubre y vieja torre que es una prisión. ¿Habrán quedado encerrados, después del anochecer, donde reinan esos inquietantes ruidos y… donde se mueve esa extraña y misteriosa figura que los quiere ver… muertos?



R. L. Stine

Noche en la torre del terror

Pesadillas - 19

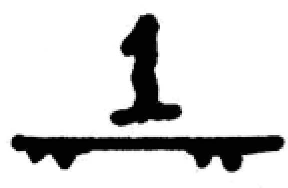
ePub r1.2

nalasss 27.10.14

Título original: *Goosebumps #27 A night in terror tower*
R. L. Stine, enero de 1995
Traducción: Helena Martín
Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: nalasss
ePub base r1.2





—Tengo miedo —dijo Eddie.

Yo estaba temblando de frío, así que me abroché el anorak hasta la barbilla.

—Eddie, esto fue idea tuya —le dije a mi hermano—. Fuiste tú el que se empeñó en venir a la Torre del Terror, no yo.

Alzó la vista hacia la torre mientras el viento alborotaba su pelo castaño.

—Tengo un extraño presentimiento, Sue. Un mal presentimiento.

Puse cara de fastidio.

—¡Eres un miedica, Eddie! ¡Si hasta te pones nervioso cuando vamos al cine!

—Sólo con las películas de terror —murmuró mi hermano.

—Tienes diez años —le dije con dureza—. Ya es hora de que dejes de asustarte de tu propia sombra. No es más que un viejo castillo con una torre —expliqué, señalándolo con el dedo—. Cada día lo visitan cientos de turistas.

—Pero antes torturaban a gente —comentó Eddie. De pronto se puso muy pálido—. Los encerraban en la Torre y dejaban que se murieran de hambre.

—De eso hace cientos de años —le conté—. Ahora ya no torturan a nadie, Eddie; sólo venden postales.

Los dos levantamos la vista hacia el tétrico castillo de piedra gris que el tiempo había ido ennegreciendo. El edificio tenía dos torres estrechas que se alzaban como brazos a sus costados.

Sobre las oscuras torres se cernían nubarrones de tormenta y el

viento estremecía los viejos árboles del jardín. No parecía primavera. El aire era pesado y frío. Una gota de agua me cayó en la frente, y luego otra en la mejilla.

«Un típico día londinense —pensé—. Ideal para visitar la famosa Torre del Terror.»

Era nuestro primer día en Inglaterra, y Eddie y yo lo habíamos pasado visitando Londres. Nuestros padres tenían que asistir á un congreso en el hotel donde nos alojábamos y nos habían apuntado a una excursión organizada.

Primero visitamos el Museo Británico, luego fuimos a los famosos almacenes Harrods, a la Abadía de Westminster y a Trafalgar Square. Para almorzar, comimos un plato típico de salchichas y puré de patatas en un auténtico *pub* inglés. Luego hicimos con todo el grupo una excursión genial en un autobús rojo de dos pisos.

Londres era exactamente como lo había imaginado: grande y lleno de gente. Las callejuelas estaban repletas de tiendecitas y de esos taxis negros de aspecto antiguo. Había gente de todo el mundo.

Por supuesto, al gallina de mi hermano le ponía muy nervioso que estuviésemos solos recorriendo una ciudad extraña, pero yo tengo doce años y soy mucho menos miedica que él, así que intenté tranquilizarlo. Por eso me sorprendió mucho cuando me rogó que visitáramos la Torre del Terror.

Nuestro guía, el señor Starkes, un hombre calvo con la cara muy roja, llamó a todo el grupo para que nos reuniéramos. Éramos unos doce, casi todos gente mayor. Eddie y yo éramos los únicos niños. El señor Starkes nos dio a elegir entre visitar otro museo… o la Torre.

—¡La Torre! ¡La Torre! —insistió Eddie—. ¡Quiero ver la Torre!

Un autocar nos llevó hacia las afueras de la ciudad. Poco a poco, las tiendas fueron dando paso a hileras de casitas de ladrillo rojo. A medida que avanzábamos las casas eran más viejas y estaban medio escondidas tras árboles encorvados y muros bajos cubiertos de hiedra.

Cuando el autocar llegó a su destino, bajamos y empezamos a caminar por una callejuela de adoquines erosionados por el paso del tiempo. La calle llegaba hasta un muro muy alto y detrás de él se alzaba, amenazante, la Torre del Terror.

—¡Vamos, Sue, date prisa! —Eddie me tiró de la manga—. ¡Si

no, perderemos al grupo!

—Nos esperarán —le dije a mi hermano—. Calma, Eddie. No nos vamos a perder.

Corrimos por los adoquines hasta alcanzar a los otros. El señor Starkes se abrochó su largo abrigo negro y nos guió hacia la entrada. Cuando llegamos al gran jardín que rodeaba el castillo, se detuvo un momento y nos señaló un montón de piedras grises.

—Eso era la muralla original del castillo —explicó—. Fue construida alrededor del año 400, cuando Londres era una ciudad romana.

Tan sólo quedaba en pie una parte de la muralla; el resto se había derrumbado o había desaparecido del todo. ¡Era increíble poder ver una construcción de más de mil quinientos años de antigüedad!

Seguimos al señor Starkes por el camino que llevaba al castillo.

—Los romanos lo construyeron como una fortaleza —nos contó el guía—. Y cuando se fueron se convirtió en una cárcel. A partir de entonces, sus muros vivieron muchos años de crueldad y tortura.

Saqué mi pequeña cámara del bolsillo del anorak y tomé una foto de la muralla romana. A continuación me volví y saqué unas cuantas fotos del castillo. Había oscurecido y pensé con tristeza que tal vez las fotos no saldrían.

—Ésta fue la primera cárcel de Inglaterra para morosos —continuó el señor Starkes, caminando a la cabeza del grupo—. A quienes eran demasiado pobres para pagar sus deudas, los mandaban a la cárcel. Y claro está, ¡una vez allí era imposible pagarlas! O sea, que se quedaban en la cárcel para siempre.

Pasamos por delante de una pequeña garita, una especie de cabina telefónica de piedra blanca con un tejado inclinado. Yo creía que estaba vacía, pero de pronto surgió de ella un guarda con un uniforme gris y un rifle al hombro.

Me di la vuelta y contemplé la oscura muralla que circundaba las tierras del castillo.

—Mira, Eddie —susurré—. Ya no se ve la ciudad más allá de la muralla. Es como si de verdad hubiéramos viajado en el tiempo.

Eddie se estremeció; no sé si a causa de mis palabras o del viento cortante que soplaba en el viejo patio.

El castillo proyectaba una sombra negra sobre el camino. El guía

nos condujo hacia una estrecha puerta que había en un lateral, se paró y se volvió hacia el grupo. En su cara había una expresión tensa y triste que me sorprendió.

—Me temo que soy portador de malas noticias —anunció, recorriéndonos uno a uno con la mirada.

—¿Qué? ¿Malas noticias? —preguntó Eddie en voz baja, acercándose a mí.

—Van a ser encarcelados en la torre norte —nos informó en un tono grave—. Allí serán torturados hasta que confiesen el verdadero motivo de su visita.

2

Eddie soltó un grito de sorpresa. Otros miembros del grupo también exclamaron asombrados.

En ese momento, en el rostro sonrosado y redondo del señor Starkes asomó una sonrisa, seguida de unas risas sofocadas.

—No he podido resistirme a la tentación de gastarles una bromita —dijo animadamente—. ¡Yo también tengo derecho a divertirme!

Todos nos reímos; todos excepto Eddie, que todavía parecía asustado.

—¡Este tío está loco! —susurró.

Sin embargo, el señor Starkes era un guía muy bueno; era entretenido y amable, y lo sabía absolutamente todo sobre Londres. El único inconveniente era que a veces me costaba entender su acento británico.

—Como ven, el castillo se compone de varios edificios —explicó el señor Starkes, ya en serio—. Ese edificio bajo y alargado servía de alojamiento a los soldados. —Señaló unos barracones al otro lado del césped.

Saqué una foto de la vieja construcción, aunque por fuera parecía simplemente una cabaña baja y alargada. Luego me volví y tomé una foto del guarda del uniforme gris, que seguía en posición de firmes frente a la garita.

De pronto oí varias exclamaciones de sorpresa a mis espaldas. Al volverme, vi a un corpulento hombre encapuchado que venía de la puerta de entrada y se deslizaba detrás del señor Starkes. Vestía una túnica antigua de color verde y en la mano portaba un hacha

enorme.

¡Un verdugo!

El hombre se detuvo detrás del señor Starkes y levantó el hacha.

—¿Hay alguien que necesite un corte de pelo superrápido? —preguntó tranquilamente el guía, sin darse la vuelta—. ¡Les presento al barbero del castillo!

Todos nos echamos a reír. El hombre disfrazado de verdugo hizo una reverencia rápida y volvió al interior del castillo.

—¡Qué divertido! —susurró Eddie, pero yo noté que seguía arrimado a mí.

—Primero entraremos en la sala de torturas —anunció el señor Starkes—. Por favor, no se separen. —Nos mostró un estandarte de color rojo y añadió—: Llevaré esto en alto para que me puedan ver claramente. Es muy fácil perderse dentro del castillo; hay cientos de cámaras y pasadizos secretos.

—¡Qué guay! —exclamé.

Eddie me miró de reojo, no muy convencido.

—¿Te da miedo entrar en la sala de torturas? —le pregunté.

—¿A quién? ¿A mí? —tartamudeó.

—Vamos a ver algunos instrumentos de tortura poco corrientes —prosiguió el señor Starkes—. Los guardas tenían muchas formas de causar dolor a sus pobres prisioneros, pero no las probéis en casa, ¿entendido, niños?

Se oyeron risas. Yo me moría de ganas de entrar.

—Les ruego que no se separen —insistió nuestro guía, mientras el grupo empezaba a desfilar a través de la estrecha entrada al castillo—. El último grupo que traje se perdió para siempre. Todavía deben de estar recorriendo los oscuros pasadizos en busca de la salida. ¡Menuda bronca me echó mi jefe cuando volví a la oficina!

A pesar de ser un chiste bastante malo que seguramente había contado miles de veces, solté una carcajada.

En la entrada, alcé la vista hacia la oscura torre. Era toda de piedra y no tenía ventanas, a excepción de una abertura cuadrada en lo más alto.

«Realmente encerraban a gente ahí dentro —pensé—. Aunque fuera hace siglos, era gente de verdad…»

De pronto me pregunté si el castillo estaría encantado. Intenté

interpretar la expresión seria que veía en el rostro de mi hermano. ¿Estaría pensando lo mismo que yo?

El grupo iba entrando por el oscuro pasillo.

—Mírame, Eddie —le dije. A continuación di un paso atrás y saqué la cámara del bolsillo del anorak.

—Venga, entremos, que se nos van a escapar los otros —repuso él.

—Sólo quiero hacerte una foto en la entrada al castillo —le expliqué.

Cuando me acerqué la cámara al ojo, Eddie hizo una mueca tonta. Apreté el disparador y saqué la foto.

Lo que no podía saber es que ésa sería la última foto que iba a hacerle a Eddie.

3

Descendimos por una escalera muy estrecha, siguiendo al señor Starkes. Al llegar abajo, nuestras zapatillas de deporte resonaron contra el suelo de piedra de una sala amplia y mal iluminada.

Respiré hondo, mientras esperaba que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. El aire olía a viejo y a polvo. Noté con sorpresa que hacía bastante calor, así que me desabroché el anorak.

Miré a mi alrededor y vi que en las paredes había varias vitrinas. El señor Starkes nos condujo hasta una gran estructura de madera situada en el centro de la habitación. El grupo se congregó junto a él.

—Éste es el potro de torturas —proclamó, señalándolo con el estandarte rojo.

—¡Caramba! ¡Es de verdad! —le susurré a Eddie. Había visto instrumentos de tortura en películas y tebeos, pero no creía que existieran en la realidad.

—Cogían a un prisionero y lo obligaban a echarse aquí —explicó el señor Starkes—. Le ataban los brazos y las piernas, y cuando hacían girar la rueda, las cuerdas se tensaban y tiraban con gran fuerza. —Señaló la gran rueda de madera—. Cuanto más hacían girar la rueda, más tiraban las cuerdas de sus brazos y piernas —prosiguió. Los ojos le brillaban, como si aquello le divirtiera—. A veces tiraban tanto que los prisioneros se estiraban y estiraban hasta que… se les desencajaban los huesos. —Soltó una risita y añadió—: ¡Creo que a eso lo llaman «dormir de un tirón»!

Algunos miembros del grupo se rieron del chiste, pero Eddie y

yo nos miramos con el semblante serio. Mientras contemplaba el artefacto de madera con sus gruesas cuerdas y correas, me imaginé a alguien allí atado, el crujido de las ruedas al girar y las cuerdas tensándose más y más…

Cuando levanté la vista, me llamó la atención la silueta de un hombre que estaba al otro lado del potro. Era muy alto y corpulento, y llevaba una larga capa negra y un sombrero de ala ancha que le tapaba casi toda la cara. Sus ojos brillaban entre las sombras.

¿Estaría mirándome?

Le di un codazo a Eddie.

—¿Ves a aquel hombre de allí? El que va vestido de negro —susurré—. ¿Está en nuestro grupo?

Eddie negó con la cabeza.

—No lo había visto antes —me respondió en voz baja—. Es un poco raro, ¿no? ¿Por qué nos mira así?

El hombre se caló el sombrero, cubriéndose los ojos. Mientras se internaba en las sombras, sólo alcancé a ver el vuelo de su capa.

El señor Starkes continuaba hablando sobre el potro. Al final preguntó si había algún voluntario para probarlo. Todo el mundo rió la gracia.

«Tengo que hacerle una foto a esto —decidí—. A mis amigos les alucinará.»

Metí la mano en el bolsillo para sacar la cámara, pero…

—¿Qué? —exclamé, sorprendida.

Busqué en el otro bolsillo y luego en los bolsillos de los téjanos.

—¡No puede ser! —me lamenté.

La cámara había desaparecido.

4

—Eddie…, ¡mi cámara! —exclamé—. ¿Has visto dónde…?

Me callé al ver que una sonrisita traviesa se dibujaba en el rostro de mi hermano. Eddie levantó una mano, en la que sostenía mi cámara, y sonrió de oreja a oreja.

—¡El carterista loco ataca de nuevo! —anunció.

—¿Me la has robado del bolsillo? —me quejé. A continuación le di un empujón y Eddie se estrelló contra el potro.

Mi hermanito se echó a reír. Está convencido de que es el mejor carterista del mundo. Aunque parezca raro, es su pasatiempo preferido y lo practica en cuanto se le presenta una oportunidad.

—¡Las manos más veloces del planeta! —presumió, pasándome la cámara por delante de las narices.

Yo se la quité de un tirón.

—¡Eres un cerdo! —le dije.

No sé por qué le divierte tanto jugar a ladrones. Aunque la verdad es que es bastante bueno; cuando me robó la cámara del bolsillo, no me di ni cuenta.

Empecé a decirle que no se le ocurriera volver a tocar mi cámara, pero justo en ese momento el señor Starkes nos hizo una señal para que lo siguiésemos a la sala de al lado. Mientras Eddie y yo nos apresurábamos para no perdernos, vi de nuevo al hombre de la capa negra. Caminaba detrás de nosotros, como si estuviera al acecho, y mantenía la cara oculta bajo el ala del sombrero.

De pronto me invadió una sensación de pánico. ¿Nos estaría vigilando ese hombre a Eddie y a mí? ¿Y por qué?

Qué tontería. Probablemente era otro turista que estaba

visitando la Torre. Pero ¿por qué tenía la extraña sensación de que nos estaba observando?

Mientras admirábamos los distintos instrumentos de tortura, yo iba echando ojeadas hacia atrás para ver qué hacía el hombre. La verdad es que no parecía nada interesado en la exposición. Caminaba pegado a la pared de modo que su capa se confundía con las sombras, y tenía los ojos clavados en… ¡nosotros!

—¡Mira esto! —exclamó Eddie, empujándome hacia una de las vitrinas—. ¿Qué son?

—Tornillos para los pulgares —respondió el señor Starkes, que se había situado detrás de nosotros y sostenía uno de ellos—. Parece un anillo —explicó—. ¿Lo veis? Se pone en el dedo como un anillo.

Se puso el ancho aro de metal en el pulgar y, a continuación, levantó la mano para que pudiéramos verlo con claridad.

—Dentro del aro hay un tornillo que, al girar, se va clavando en el pulgar. Cuantas más vueltas se le da, más se clava.

—¡Ay, qué daño! —exclamé.

—Sí, era horrible —convino el señor Starkes—. Esta sala está llena de artefactos horribles.

—No puedo creer que a la gente la torturaran con todo eso —murmuró Eddie con voz temblorosa. Estaba claro que no le gustaban las cosas que dan miedo, especialmente cuando son de verdad.

—¡Ojalá tuviese un par de tornillos para ponértelos! —bromeé. Eddie es tan miedica que a veces no puedo evitar decirle cosas así; me encanta tomarle el pelo.

En ese momento se me ocurrió alargar la mano por debajo de la barrera de cuerda y coger un par de esposas de hierro. Pesaban más de lo que parecía y dentro tenían una hilera de pinchos.

—¡Sue, deja eso! —me ordenó Eddie en voz baja.

Yo me puse una esposa en la muñeca.

—Mira, Eddie, cuando la cierras, los pinchos te cortan la carne —le expliqué.

De pronto la esposa se cerró y yo solté un quejido.

—¡Au! —chillé, mientras tiraba de ella desesperadamente—. ¡Eddie, ayúdame! ¡No me la puedo quitar! ¡Me está cortando! ¡Me está cortando!

5

—¡Oh, noooo! —Eddie emitió un lamento horrorizado al ver la esposa en mi muñeca. Se quedó boquiabierto y la barbilla le empezó a temblar.

—¡Ayúdame! —lloriqueé mientras agitaba el brazo y tiraba frenéticamente de la cadena—. ¡Quítamela!

Eddie se quedó blanco como una sábana.

No podía aguantar más, así que me eché a reír. Acto seguido me quité la esposa con toda tranquilidad.

—¡Te lo has creído! —me burlé—. Esto va por lo de la cámara. Ahora estamos empatados.

—Creía…, creía… —tartamudeó Eddie. Sus ojos oscuros me miraban con furia—. Creía que te habías hecho daño de verdad —murmuró—. No vuelvas a hacer algo así, Sue. Lo digo en serio.

Por toda respuesta le saqué la lengua. Ya sé que no es una reacción muy madura por mi parte, pero cuando estoy con mi hermano siempre acabo portándome mal.

—¡Por aquí! —La voz del señor Starkes retumbó en las paredes de piedra. Eddie y yo nos reunimos con el grupo, que se había congregado alrededor de nuestro guía.

—Vamos a subir a la torre norte —anunció el señor Starkes—. Como verán, la escalera es bastante estrecha y empinada, así que tendremos que ir en fila india. Tengan cuidado.

Él iba primero, y se agachó para pasar por una puerta muy estrecha. Eddie y yo éramos los últimos de la fila. A medida que subíamos el aire era más caliente. ¡Cuánta gente habría pisado esos escalones para que estuvieran tan lisos y tuviesen los cantos tan

redondeados! Intenté imaginarme a los prisioneros subiendo a la Torre con las piernas temblándoles de miedo.

Delante de mí, Eddie subía lentamente la escalera ennegrecida por el hollín.

—¡Qué oscuro! —se quejó, volviéndose hacia mí—. Date prisa, Sue. No te quedes atrás.

Mi anorak rozaba el muro de piedra. A pesar de estar bastante delgada, la escalera era tan estrecha que no podía evitar tocar las paredes.

Después de subir durante lo que me parecieron horas, llegamos a un rellano donde había una pequeña celda con barrotes de hierro.

—En esta celda se encerraba a los presos políticos —nos contó el señor Starkes—. A los enemigos de la Corona los traían a este lugar que, como ven, no se puede decir que sea muy cómodo.

Al acercarme, vi que la celda solamente contaba con un pequeño banco de piedra y un escritorio de madera.

—¿Y qué les pasaba a esos presos? —preguntó una señora de pelo blanco—. ¿Permanecían en esta celda durante años?

—No —contestó el señor Starkes, rascándose la barbilla—. La mayoría morían decapitados.

Sentí un escalofrío en la nuca. A continuación me acerqué a los barrotes y me asomé a la celda.

«Aquí estuvo presa gente de verdad —pensé—. Gente de verdad se agarraba a estos barrotes para asomarse, se sentaba ante ese pequeño escritorio y caminaba arriba y abajo en ese espacio tan reducido mientras esperaban su sentencia.»

Tragué saliva y miré a mi hermano. Noté que estaba tan horrorizado como yo.

—Aún no hemos llegado a lo alto de la torre —anunció el guía —. Sigamos.

A medida que subíamos, la escalera de caracol se hacía cada vez más empinada. Yo iba palpando la pared, justo detrás de Eddie. En ese momento tuve una sensación rarísima; sentí que ya había estado allí anteriormente, que había subido por esa escalera y conocía esa vieja torre.

Evidentemente eso era imposible. Eddie y yo nunca habíamos estado antes en Inglaterra. Sin embargo, también tuve la misma sensación cuando nos reunimos con el grupo en el cuarto diminuto

que había en lo alto de la torre. ¿Habría salido en una película? ¿O habría visto las fotos en una revista? ¿Por qué me resultaba tan familiar?

Sacudí la cabeza con fuerza, intentando librarme de aquellos pensamientos tan extraños y desconcertantes. Luego me acerqué a Eddie y eché un vistazo a la habitación. Encima de nuestras cabezas había un ventanuco redondo que dejaba entrar un haz de luz triste y gris. Las paredes curvadas estaban desnudas y llenas de grietas y manchas oscuras. El techo era muy bajo, por lo que el señor Starkes y algunos más tenían que mantener la cabeza agachada.

—Quizá perciban la tristeza que se respira en esta habitación —comentó en voz baja el guía.

Todos nos acercamos para oírle mejor. Eddie, en cambio, se quedó mirando la ventana con expresión preocupada.

—Ésta es la torre donde encerraron a un joven príncipe y a una princesa —prosiguió el señor Starkes en tono solemne—. Los príncipes Edward y Susannah de York fueron encarcelados en la torre, en esta pequeñísima estancia.

El señor Starkes trazó un círculo con el estandarte, recorriendo la fría habitación; todos lo seguimos con la mirada.

—Imagínense. Dos niños. Arrancados de su hogar y encerrados en una celda helada en lo alto de una torre —dijo él con un hilo de voz.

De pronto tuve frío, así que volví a abrocharme el anorak. Eddie se metió las manos en los bolsillos de los téjanos y miró con nerviosismo a su alrededor.

—El príncipe y la princesa no permanecieron aquí mucho tiempo —continuó el señor Starkes mientras bajaba el estandarte—. Esa noche, mientras dormían, el Verdugo del Reino y sus hombres subieron sigilosamente por la escalera. Tenían órdenes de asesinar a los dos niños, asfixiándolos, para impedir que algún día accedieran al trono.

El señor Starkes cerró los ojos y bajó la cabeza. Se hizo un silencio absoluto. Nadie se movió ni dijo una palabra. El único sonido era el susurro del viento que soplaba por el ventanuco situado sobre nuestras cabezas.

Yo también cerré los ojos. Intenté imaginarme a un niño y a una niña, solos y asustados, procurando dormir en aquella fría celda.

Las puertas se abrían de golpe, dando paso a un grupo de hombres desconocidos. No decían nada; simplemente se abalanzaban sobre ellos para matarlos.

«Fue aquí, en esta habitación —pensé—. Aquí mismo, donde estoy yo.»

Cuando abrí los ojos, vi que Eddie me estaba mirando fijamente con cara de miedo.

—Este sitio me da… escalofríos —murmuró.

—No me extraña —dije yo.

Pero justo cuando el señor Starkes comenzaba a contarnos más detalles, la cámara se me cayó al suelo con gran estrépito. Me agaché a recogerla y exclamé:

—¡Oh, no! Mira, Eddie, ¡se ha roto el objetivo!

—¡Chist! ¡Me he perdido lo que ha dicho el señor Starkes sobre el príncipe y la princesa! —protestó mi hermano.

—¡Mi cámara! —La agité con fuerza, aunque no sé por qué. Por mucho que la agitara no iba a arreglar el objetivo.

—¿Qué ha dicho? ¿Lo has oído? —insistió Eddie.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, no lo he oído.

Los dos caminamos hacia un camastro adosado a la pared. A su lado había un taburete de madera; eran los únicos muebles de la celda.

¿Se habrían sentado allí el príncipe y la princesa?, me pregunté. ¿Se habrían encaramado al camastro para intentar ver por la ventana? ¿De qué hablarían? ¿Se preguntarían qué les iba a pasar? ¿Hablarían de las cosas divertidas que iban a hacer cuando los liberaran?

Era todo muy triste, horriblemente triste.

Me acerqué al camastro y, cuando lo toqué con la mano, noté que estaba durísimo. Entonces me fijé en unas señales negras en la pared. ¿Serían letras? ¿Habrían dejado un mensaje el príncipe y la princesa? Me incliné para examinarlas de cerca.

Pero no. No era ningún mensaje, sino unas simples grietas en la piedra.

—Sue, vamos —me urgió Eddie tirándome del brazo.

—Vale, vale —respondí.

Pasé de nuevo la mano por el camastro y comprobé lo duro que

estaba. Debía de ser incomodísimo.

Cuando alcé la vista hacia la ventana, me di cuenta de que había anochecido y el cielo estaba completamente negro. En ese instante sentí como si las paredes de piedra se me echaran encima y estuviese encerrada en un armario oscuro, un armario frío y terrorífico. Las paredes me oprimían, me ahogaban y asfixiaban…

¿Era así como se habían sentido los príncipes? ¿Era el mismo miedo que los había atenazado a ellos hace más de quinientos años?

Exhalé un profundo suspiro, me alejé del camastro y me volví hacia Eddie.

—Vámonos de aquí —dije con voz trémula—. Este cuarto es demasiado tétrico y triste.

Decidimos dirigirnos hacia la escalera, pero al dar media vuelta, nos paramos en seco.

—¿Qué? —exclamamos los dos, estupefactos.

El señor Starkes y el resto del grupo habían desaparecido.

6

—¿Adónde han ido? —chilló Eddie aterrorizado—. ¡Nos han abandonado!

—Deben de estar bajando la escalera —dije mientras le empujaba suavemente—. Venga, vamos.

Eddie no se movió de mi lado.

—Tú primero —murmuró.

—No tendrás miedo, ¿verdad? —me burlé—. Estamos solos en la Torre del Terror.

No sé por qué me divierto tanto tomándole el pelo a mi hermano pequeño. Sabía que él estaba asustado y, para ser sinceros, yo también lo estaba, pero a pesar de ello no podía evitarlo. Como ya he dicho, cuando estoy con Eddie siempre acabo portándome mal.

Finalmente, me encaminé hacia la escalera y Eddie me siguió. Al mirar hacia abajo me pareció aún más oscura y empinada que antes.

—¿Cómo es que no los hemos oído cuando se iban? —preguntó Eddie—. ¿Y por qué se han marchado tan deprisa?

—Es tarde —le contesté—. Creo que el señor Starkes quería que volviéramos al autocar para regresar al hotel. La Torre cierra a las cinco, me parece. —Consulté mi reloj; eran las cinco y veinte.

—Date prisa —insistió Eddie—. No quiero quedarme encerrado. Este sitio me pone la carne de gallina.

—A mí también —confesé.

Empecé a bajar la escalera mientras escudriñaba la oscuridad para no resbalar por los escalones. Volví a palpar la pared intentando mantener el equilibrio.

—¿Dónde están? —preguntaba Eddie con impaciencia—. ¿Por qué no los oímos?

A medida que bajábamos, notamos que el aire se iba enfriando y divisamos una luz amarillenta que iluminaba tenuemente el rellano.

Al pasar la mano por la pared, noté algo blando y pegajoso: telarañas. ¡Qué asco!

Detrás de mí oía la respiración entrecortada de Eddie.

—El autocar nos esperará —le tranquilicé—. No te preocupes. El señor Starkes no se irá sin nosotros.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Eddie—. ¿Alguien puede oírme?

Su voz aguda retumbó en la estrecha escalera de piedra.

No hubo respuesta.

—¿Dónde están los guardas? —insistió.

—Eddie, por favor, no te pongas histérico —le rogué—. Es tarde. Los guardas deben de estar cerrando. El señor Starkes estará abajo esperándonos, te lo prometo.

En ese momento llegamos a la luz pálida del rellano, donde estaba la pequeña celda que habíamos visto antes.

—No te pares —suplicó Eddie, respirando con fuerza—. Sigue bajando, Sue. ¡Rápido!

Le puse la mano en el hombro para tranquilizarle.

—Eddie, no pasa nada —le dije dulcemente—. Ya casi estamos abajo.

—¡Mira! —protestó Eddie, y señaló desesperadamente con el dedo.

Enseguida comprendí lo que le preocupaba. Había dos escaleras que llevaban abajo, una a la izquierda de la celda y la otra a la derecha.

—Qué extraño —observé mientras las contemplaba—. No recuerdo que hubiera dos escaleras.

—¿Cu…, cuál es la escalera correcta? —tartamudeó Eddie.

Yo vacilé un instante.

—No estoy segura —respondí.

Me dirigí hacia una de ellas y me asomé, pero no pude ver mucho porque tenía forma de espiral.

—¿Cuál es? ¿Cuál es? —repitió Eddie.

—No creo que importe —le dije—. Las dos llevan abajo, ¿no?

Le hice una señal para que me siguiera.

—Venga, creo que ésta es la escalera por la que subimos.

Bajé un escalón, pero me paré inmediatamente. Había oído pasos, unos pasos firmes que venían de abajo.

Eddie me cogió de la mano.

—¿Quién es? —susurró.

—Seguramente es el señor Starkes —le contesté—. Debe de haber vuelto a buscarnos.

Eddie exhaló un gran suspiro de alivio.

—Señor Starkes, ¿es usted? —grité.

Hubo un silencio absoluto que sólo rompía el ruido de pasos que se acercaban.

—¿Señor Starkes? —pregunté con un hilillo de voz.

Cuando la oscura silueta apareció en la escalera, me di cuenta inmediatamente de que no se trataba de nuestro guía.

—¡Oh! —chillé sorprendida al ver al enorme hombre de la capa negra.

Su rostro seguía sumido en la oscuridad, pero sus ojos brillaban como llamas. Por debajo del sombrero de ala ancha, nos miraba fijamente.

—Perdone, ¿la…, la salida es por aquí? —tartamudeé.

El hombre no contestó ni se movió, aunque sus ojos seguían clavados en los míos. Me esforcé por verle la cara, pero permanecía oculta por la sombra que proyectaba el sombrero.

Respiré hondo y volví a intentarlo.

—Nos hemos separado de nuestro grupo —expliqué—. Deben de estar esperándonos. ¿Sabe si ésta es la salida?

Tampoco esta vez respondió, sino que siguió mirándonos de forma amenazadora.

«Es enorme —pensé—. Bloquea toda la escalera.»

—Oiga —insistí—, mi hermano y yo…

El hombre levantó la mano, una mano grande enfundada en un guante negro, y nos señaló con el dedo.

—Vais a venir conmigo ahora mismo —ordenó.

Yo me quedé mirándole sin comprender nada.

—Vais a venir ahora —repitió—. No quiero haceros daño, pero si intentáis escaparos no me quedará más remedio.

7

Cuando vimos que el hombre empezaba a avanzar hacia nosotros, Eddie gimió y yo me quedé boquiabierta.

Entonces deduje quién era.

—Usted es un guarda, ¿no?

Él no contestó.

—Me..., me ha asustado. —Solté una carcajada nerviosa—. Con ese disfraz... Usted trabaja aquí, ¿verdad?

El hombre avanzó un poco y alargó las manos hacia nosotros.

—Perdone que se nos haya hecho tan tarde —continué—. Es que hemos perdido a nuestro grupo. Supongo que querrá cerrar pronto para irse a casa.

Avanzó un paso más y sus ojos brillaron de modo siniestro.

—Ya sabes por qué estoy aquí —gruñó.

—No, no lo sé... Yo... —No pude acabar la frase porque el hombre me agarró por el hombro.

—¡Eh! ¡Suéltala! —gritó Eddie, pero entonces el hombre de la capa lo cogió a él también.

Me estaba clavando sus dedos enguantados con muchísima fuerza.

—¡Ay! —grité de dolor.

El hombre nos empujó contra la helada pared de piedra y en ese momento alcancé a verle la cara. Tenía una expresión de ira y unas facciones duras; la nariz, larga y afilada, los labios, finos, y los ojos, fríos y brillantes.

—¡Déjenos marchar! —exigió Eddie con valentía.

—¡Tenemos que volver con el grupo! —chillé—. Nos vamos. ¡No

nos puede retener aquí!

El hombre hizo caso omiso de nuestras súplicas.

—No os mováis —dijo con voz cavernosa—. Quedaos aquí y no intentéis escapar.

—Oiga, señor…, si hemos hecho algo… —Mi voz se apagó cuando vi que metía la mano bajo la capa y sacaba algo.

Al principio pensé que eran tres pelotas de goma, pero cuando las hizo entrechocar me di cuenta de que se trataba de guijarros blancos.

«¿Qué está pasando? —me pregunté—. ¿Estará loco? ¿Será peligroso?»

—Oiga, por favor… —suplicó Eddie—. Tenemos que irnos.

—¡No os mováis, he dicho! —gritó el hombre al tiempo que se echaba la capa hacia atrás—. No os mováis y no hagáis ruido. ¡Es la última vez que lo repito!

Eddie y yo nos miramos asustados. Aproveché que estaba de espaldas a la pared de piedra para deslizarme disimuladamente hacia la escalera más cercana.

El hombre murmuraba unas palabras ininteligibles, totalmente concentrado en sus guijarros blancos. Los intentaba apilar uno encima de otro, pero de pronto se le cayó uno al suelo y profirió un grito de enfado al ver que rebotaba y salía disparado.

«¡Ésta es la nuestra!», me dije.

Empujé a Eddie hacia la otra escalera y le grité:

—¡Corre!



—¡No os mováis! —bramó el hombre mientras recogía el guijarro. Su voz profunda retumbó en las paredes de piedra—. Ya os lo he dicho: ¡no podéis escapar!

Aunque mi hermano estaba muerto de miedo, echó a correr sin que yo tuviera que decírselo dos veces.

—¡Alto! —gritó el hombre de la capa.

Su voz atronadora nos perseguía mientras bajábamos por la escalera de caracol a toda velocidad, tropezando y apoyándonos con las manos en las paredes para no caer.

Abajo, abajo, abajo.

Corríamos tan deprisa que la cabeza me daba vueltas. No obstante, me esforcé en distinguir algo pese a la escasa luz, no marearme y, sobre todo, no ceder al terror que se iba apoderando de mí.

En ese momento, la cámara se me cayó del bolsillo del anorak y rodó escaleras abajo con gran estrépito. No me paré a recogerla. De todos modos, ya estaba rota.

—¡Venga! —animé a Eddie—. ¡Vamos! ¡Ya estamos llegando!

¿O no? ¿Por qué el descenso parecía mucho más largo?

Aunque se oían nuestros pasos contra el suelo de piedra, las pisadas del hombre de la capa eran mucho más fuertes y pesadas. Sus gritos retumbaban en la estrecha escalera y nos envolvían; era como si nos estuvieran persiguiendo cien hombres en lugar de uno.

«¿Quién es? ¿Por qué nos persigue? ¿Y por qué está tan enfadado?», me preguntaba mientras bajaba a toda velocidad por la escalera de caracol. Desgraciadamente no había tiempo para

encontrar las respuestas.

Finalmente, Eddie y yo llegamos a la gran puerta gris, pero no pudimos frenar a tiempo y nos estrellamos contra ella.

—¡La salida! ¡Ya hemos…, ya hemos llegado! —tartamudeé. Todavía se oían los pasos del hombre un poco más arriba, pero se aproximaban a marchas forzadas.

«¡Vamos a salir! —pensé—. ¡Estamos salvados!»

Eddie empujó la puerta con el hombro, primero una y luego otra vez. A continuación se volvió hacia mí con cara de espanto.

—¡Está cerrada con llave! ¡Estamos atrapados!

—¡No puede ser! —grité yo—. ¡Empuja fuerte!

Los dos apoyamos un hombro en la puerta y empujamos con todas nuestras fuerzas, pero no se movió.

El hombre se aproximaba peligrosamente. Estaba tan cerca que podíamos oír lo que estaba murmurando.

«No tenemos escapatoria —concluí—. Nos ha atrapado. Pero ¿qué quiere de nosotros? ¿Qué nos va a hacer?»

—Intentémoslo una vez más —dije con voz ahogada.

Eddie y yo nos volvimos hacia la puerta.

—¡Alto ahí! —gritó el hombre de la capa.

Sin hacerle caso, Eddie y yo le dimos un último empujón a la puerta, que finalmente cedió y se entreabrió con un gran crujido. Eddie respiró hondo y se escabulló por la abertura, y yo le seguí.

Jadeando, cerramos la puerta a nuestras espaldas. Por fuera la puerta tenía una larga barra de hierro, que corrimos para atrancarla por completo. Habíamos encerrado al hombre de la capa.

—¡Estamos salvados! —grité, apartándome de la puerta.

Entonces me di cuenta de que no estábamos fuera, sino en una enorme sala oscura. Una voz de hombre y una risita cruel me informaron de que en aquella sala tampoco estábamos fuera de peligro.



La risa se hizo más fuerte, y la sangre se nos heló en las venas.

—Habéis entrado en el calabozo del rey. Abandonad toda esperanza —declaró la voz.

—¿Quién…, quién es? —imploré.

Por toda respuesta oímos unas carcajadas estremecedoras.

En la tenebrosa sala, la única iluminación era un pálido haz de luz verdosa procedente del techo. Abrazada a Eddie, escudriñé la oscuridad a fin de encontrar alguna forma de escapar.

—¡Allí! ¡Mira! —susurró Eddie señalando con el dedo el lado opuesto de la habitación.

Vislumbré una celda y avanzamos hacia ella. Entonces vimos una cosa entre los barrotes: una mano huesuda.

—¡Aaahhh! —exclamé.

Eddie y yo dimos un salto hacia atrás. Al mismo tiempo oímos golpes en la puerta y volvimos a sobresaltarnos.

—¡No podéis escapar! —gritaba furioso el hombre de la capa desde el otro lado.

Eddie me agarró de la mano mientras el hombre aporreaba la puerta de forma atronadora.

¿Aguantaría la barra?

Frente a nosotros, dos manos huesudas asomaron entre los barrotes de otra celda.

—¡Esto no puede estar pasando! —dijo Eddie, aterrorizado—. ¡Los calabozos ya no existen!

—¡Tiene que haber otra puerta! —susurré, sin poder apartar la vista de aquellas manos horribles—. Busca otra puerta.

Comencé a buscar frenéticamente hasta que, en un rincón, distinguí una pequeña grieta por la que se filtraba luz. Me abalancé hacia ella inmediatamente, pero tropecé con algo: un bulto encadenado al suelo.

Era un cuerpo, el cuerpo de un hombre.

El choque había producido un ruido seco y angustioso. Me volví, confusa, pero se me enredó un pie en las cadenas y acabé por caer al suelo. Aterricé sobre las rodillas y los codos, y sentí una fuerte punzada de dolor.

Sin embargo, el cuerpo no se movió.

Me incorporé y lo examiné de cerca. Entonces me di cuenta de que era un muñeco. No era una persona, sino un maniquí encadenado al suelo.

—Eddie, ¡no es de verdad! —grité.

—¿Qué? —Mi hermano me miró con una mueca de confusión y miedo.

—¡Nada es de verdad! —insistí—. ¡Mira! Las manos de las celdas… ¡no se mueven! Son parte de la exposición, Eddie.

Eddie iba a responder, pero le interrumpió la misma risa cruel que habíamos oído antes.

—Habéis entrado en el calabozo del rey. Abandonad toda esperanza —repitió la voz, seguida de más risas diabólicas.

Era una cinta, una grabación; no había nadie más en la sala con nosotros. El guarda del calabozo era un truco para los turistas.

Suspiré aliviada. El corazón todavía me latía aceleradamente, pero me sentía un poco mejor ahora que sabía que no estábamos encerrados en un auténtico calabozo.

—Todo saldrá bien —le aseguré a Eddie.

En ese momento la puerta se abrió con un gran chasquido y el hombre que nos perseguía irrumpió en la sala, gritando y arrastrando la capa. Sus ojos oscuros brillaban triunfales.

10

Eddie y yo nos quedamos petrificados. El hombre tampoco se movió. Su respiración entrecortada era el único sonido que se oía en toda la sala.

Nos miramos el uno al otro a través de la tenue luz, tan inmóviles como los muñecos de las celdas.

—No podéis escapar —repitió el hombre con voz áspera—. Sabéis perfectamente que no podéis salir del castillo.

—¡Déjenos en paz! —imploró Eddie en voz baja.

—¿Qué es lo que quiere? —inquirí—. ¿Por qué nos persigue?

El hombre apoyó sus manos enguantadas en la cintura.

—Ya sabéis por qué —respondió secamente, al tiempo que daba un paso hacia nosotros—. ¿Vais a venir conmigo o no? —preguntó.

En lugar de contestar, me acerqué a Eddie y le susurré al oído:

—Prepárate para echar a correr.

Eddie continuó mirando al frente, totalmente impasible, sin parpadear ni mover la cabeza. No estaba segura de si me había oído.

—Sabéis que no tenéis elección —dijo el hombre en un tono más suave. Se metió las manos bajo la capa y volvió a sacar los misteriosos guijarros blancos. Una vez más, pude apreciar sus ojos oscuros y una mueca de crueldad en los labios.

—¡Se…, se ha equivocado! —farfulló Eddie.

El hombre sacudió la cabeza y el ala de su sombrero proyectó sombras ondulantes sobre el suelo de piedra.

—No me he equivocado. Y no volváis a escaparos; sabéis que tenéis que venir conmigo ahora mismo.

Eddie y yo no necesitamos una señal; sin mediar palabra ni mirarnos siquiera, dimos media vuelta y echamos a correr.

El hombre profirió un grito de protesta y se lanzó en nuestra persecución.

Mientras corríamos, me pareció que la sala no se acababa nunca. Entonces comprendí que se trataba del sótano del castillo. Más allá del haz de luz verdosa, la oscuridad era impenetrable.

El miedo me paralizaba; me daba la sensación de que las piernas me pesaban una tonelada.

«Me estoy moviendo a cámara lenta —pensé mientras me esforzaba en apretar el paso—. Eddie y yo vamos a velocidad de tortuga; no tardará en alcanzarnos.»

Cuando oí que el hombre soltaba un quejido, eché un vistazo atrás. Había tropezado con el mismo muñeco que yo y se había pegado un buen tortazo.

Mientras él intentaba incorporarse, busqué desesperadamente una puerta en la pared del fondo. O un pasillo, o cualquier abertura.

—¿Cómo…, cómo vamos a salir de aquí? —exclamó Eddie—. ¡Sue, estamos atrapados!

—¡No! —dije yo.

En ese momento vi adosada a la pared una mesa de trabajo cubierta de herramientas. Me acerqué a ella con la esperanza de encontrar algo que nos sirviera como arma, pero no hubo suerte. En su lugar cogí una linterna.

Apreté el botón frenéticamente. ¿Funcionaría?

Sí.

La linterna proyectó un haz de luz sobre el suelo e inmediatamente lo dirigí hacia la pared del fondo.

—¡Eddie, mira! —susurré.

Era una abertura en la parte baja de la pared. ¿Sería un túnel? ¿Una posible escapatoria?

Un segundo después, Eddie y yo estábamos en cuclillas intentando pasar por la oscura abertura.

Una vez dentro del túnel, mantuve la linterna enfocada delante de nosotros, más o menos a la altura de los pies. Caminábamos con la cabeza gacha, ya que el techo era demasiado bajo para ponernos completamente de pie.

El túnel avanzaba en línea recta durante un buen rato, luego

empezaba a descender y se desviaba hacia la derecha. El aire en su interior era húmedo y fresco; no muy lejos se oía el goteo de agua.

—Es una antigua cloaca —le expliqué a Eddie—, así que debe de desembocar en alguna parte.

—Eso espero —respondió Eddie sin aliento.

Continuamos corriendo tanto como podíamos por la sinuosa alcantarilla. La luz de mi linterna bailaba por las paredes, saltando del techo al húmedo suelo de piedra.

De pronto la luz reveló una serie de anillas anchas de metal que colgaban del techo. Eddie y yo tuvimos que agacharnos aún más para no golpearnos la cabeza contra ellas.

La linterna proyectaba su luz en todas direcciones, mientras Eddie y yo pisábamos charcos de agua sucia. Cuando oímos los pasos detrás de nosotros, nuestros corazones se aceleraron.

Eran pasos pesados y ruidosos que resonaban por todo el túnel y se acercaban cada vez más.

Yo me volví para mirar, pero las curvas del túnel me impedían ver al hombre de la capa. Sin embargo, el ritmo y el volumen al que sonaban los pasos me decía que no se hallaba muy lejos.

«Nos va a alcanzar —pensé, presa del pánico—. Este túnel no se acaba nunca, y Eddie y yo no podemos correr mucho más. Nos atrapará en esta cloaca oscura y húmeda. ¿Y luego qué? ¿Qué querrá? ¿Por qué ha dicho que nosotros ya lo sabemos? ¿Cómo vamos a saberlo?»

En ese instante me tambaleé un poco hacia delante, la linterna golpeó la pared y se me escapó de la mano. Al caer estrepitosamente al suelo, rodó delante de mí e iluminó el túnel a nuestra espalda. Entonces vi aparecer al hombre; avanzaba agachado y estaba a punto de abalanzarse sobre nosotros.

—¡Oh, no! —gemí horrorizada.

Me agaché para recoger la linterna, pero resbaló entre mis dedos temblorosos. Aquello le dio el tiempo justo para alcanzarnos.

El hombre agarró a Eddie con las dos manos y lo envolvió con su capa para impedir que escapara. Luego se lanzó sobre mí.

—Os lo dije; no tenéis escapatoria.



Hice un movimiento rápido y lo esquivé. Conteniendo el miedo, recuperé la linterna del suelo. Planeaba utilizarla como un arma, deslumbrándole con el haz de luz o bien golpeándole en la cabeza.

Pero no tuve la ocasión de hacerlo. Cuando la linterna iluminó el túnel delante de mí, me quedé helada al ver… ¡ratas!

Había cientos de ellas, un ejército de animales grises y repugnantes. Bajo la luz de la linterna, sus ojos brillaban con un fulgor rojo, y se acercaban a nosotros batiendo las mandíbulas y chasqueando los dientes; parecían terriblemente hambrientas. Sin embargo, lo que me dejó sin respiración fue el ruido que hacían: unos chillidos agudos que resonaban por todo el túnel.

A medida que se iban acercando, sus ojillos rojos brillaban más y más. Arrastraban sus cuerpos flacos por el duro suelo y sus rabos se deslizaban tras ellas como serpientes negras y asquerosas.

El hombre también las vio y retrocedió sorprendido. Eddie aprovechó la ocasión para escapar. Cuando descubrió las ratas se quedó estupefacto.

—¡Salta! —le grité—. ¡Salta, Eddie!

Eddie no se movió. Los dos permanecimos boquiabiertos mirando las ratas: un mar de roedores chillones y ojos rojos, una oleada de bestias descontroladas.

—¡Salta! ¡Salta ya! —repetí.

Yo levanté los brazos y pegué un salto. Eddie me imitó y los dos nos agarramos a las anillas metálicas que colgaban del techo de la cloaca.

Me encogí para mantener los pies lo más lejos posible del suelo.

Los subí cuanto pude mientras las ratas pasaban por debajo. En ese momento percibí un olor nauseabundo que casi me asfixió, y el ruido de sus largas uñas repiqueteando contra el suelo y sus rabos deslizándose por la piedra.

A pesar de que no las veía en la oscuridad, podía oírlas. Y notarlas, porque se agarraban a mis zapatos y me arañaban las piernas con sus garras afiladas. Lo peor de todo es que aún venían más.

Me volví y vi salir corriendo al hombre de la capa. En su intento de huir de aquella masa de roedores, avanzaba a grandes zancadas y con los brazos extendidos, como si quisiera agarrarse a un lugar seguro.

El hombre arrastraba todavía su capa negra, pero el sombrero de ala ancha salió volando y aterrizó en el suelo. Una docena de ratas se abalanzó sobre él y lo mordisqueó hasta destrozarlo.

En el túnel se oía el eco de los pasos del hombre, alejándose cada vez más rápido. Las ratas alcanzaron su capa y clavaron sus garras en ella, sin dejar de chillar. Un segundo más tarde, el hombre desapareció detrás de un recodo.

Las ratas le persiguieron ruidosamente. Al perderse por el túnel, todos los sonidos se confundieron, convirtiéndose en un único rumor que retumbó por la larga alcantarilla.

Era un ruido horrible.

Aunque me dolían los brazos, mantuve los pies lejos del suelo. No quería soltar la anilla metálica hasta que no estuviera segura de que todas las ratas se habían ido.

El rumor se fue alejando.

Oí el jadeo de Eddie y vi que se dejaba caer al suelo con un quejido. Yo también decidí soltar la anilla y, después de hacerlo, me quedé inmóvil un instante, esperando a que el corazón me dejara de latir a toda velocidad y las sienes dejasen de palpitar como si estuviesen a punto de estallar.

—Por los pelos —murmuró Eddie. La barbilla le temblaba y tenía la cara tan blanca como el papel.

Sentí un escalofrío. Sabía que a partir de ahora tendría pesadillas sobre aquellas ratas y el ruido de sus afiladas uñas y sus largos rabos deslizándose por el suelo.

—¡Salgamos de esta cloaca asquerosa! —exclamé—. El señor

Starkes debe de estar volviéndose loco buscándonos.

Eddie recogió la linterna y me la devolvió.

—Me muero de ganas de volver al autocar —me dijo—, y de salir de esta horrible torre. No puedo creer que nos haya perseguido un loco por una alcantarilla. ¡Todo esto no puede ser real!

—Pues lo es —afirmé—. Papá y mamá ya deben de haber terminado su reunión. Estarán preocupadísimos por nosotros.

—¡No tan preocupados como yo! —exclamó Eddie.

Proyecté la luz hacia delante y, cuando reanudamos la marcha, procuré mantenerla a ras de suelo. El túnel empezó a ascender, así que iniciamos la subida.

—Esta cloaca tiene que tener un final —me quejé—. ¡Tiene que desembocar en algún sitio!

De pronto oí un leve rumor y solté un grito.

¡Más ratas!

Eddie y yo nos paramos a escuchar.

—¡Aleluya! —exclamé entusiasmada al descubrir que se trataba de un sonido muy distinto.

Era el rumor del viento que silbaba a través del túnel, lo cual significaba que debíamos de estar muy cerca de la salida y que la alcantarilla desembocaba en algún lugar al aire libre.

—¡Adelante! —dije animadamente. Empezamos a correr siguiendo la luz de la linterna.

El túnel volvió a curvarse y de pronto se acabó. Ante nosotros apareció una escalerilla de metal que conducía a un gran agujero practicado en el techo. A través de él se veía el azul oscuro del cielo.

Eddie y yo gritamos de alegría. Él se encaramó primero a la escalerilla y yo le seguí.

Era una noche fría y húmeda, pero no nos importó. El aire olía a fresco, a limpio. Lo esencial era que estábamos fuera; fuera de la cloaca y de la maldita Torre del Terror. Lejos del horripilante hombre de la capa.

Eché una ojeada rápida a mi alrededor para intentar averiguar dónde estábamos. La Torre se alzaba ante nosotros y su silueta negra se recortaba sobre el cielo azul oscuro. Habían apagado todas las luces y la pequeña garita estaba vacía. No había ni un alma a la vista.

Entonces descubrí el muro bajo que separaba la Torre del resto del mundo, y el camino de piedra que conducía hacia la salida y el aparcamiento. Sin pensarlo dos veces, echamos a correr en esa dirección.

De pronto todo adquirió un aspecto irreal. El único sonido que oíamos era el de nuestras zapatillas contra los adoquines, y la única luz era la de la luna, que asomaba por detrás de unas nubecillas y proyectaba un rayo plateado sobre las copas de los árboles y el largo muro de piedra.

Sin dejar de correr, me volví y miré hacia el viejo castillo. La luna iluminaba sus almenas como si fuera un pálido foco.

«Hace siglos, gente de verdad anduvo por este camino —pensé —. Y gente de verdad murió en esa torre.»

Un escalofrío me recorrió la espalda, así que di media vuelta y seguí corriendo. Eddie y yo atravesamos el portal y salimos del recinto del castillo.

«Por fin hemos vuelto al mundo actual —me dije—. Estamos a salvo.»

No obstante, nuestra felicidad duró poco. Bajo la suave luz de la luna descubrimos que el aparcamiento estaba totalmente vacío y que el autocar se había ido. Eddie y yo nos dirigimos hacia la carretera, pero ésta también estaba desierta.

—Nos han dejado —murmuró Eddie, con un suspiro—. ¿Y ahora cómo volvemos al hotel?

Me disponía a responderle cuando de pronto vi a un hombre. Era un señor de pelo blanco que avanzaba hacia nosotros rápidamente, cojeando. Nos señalaba y gritaba:

—¡En, vosotros! ¡Eh!

«Oh, no —pensé, muerta de miedo—. ¿Y ahora qué?»

12

—¡Eh, vosotros! ¡Sí, vosotros!

El hombre se acercaba cojeando; bajo el grueso abrigo gris uno de sus hombros subía y bajaba.

Eddie y yo contemplamos abrazados al hombre que venía por el aparcamiento. Su pelo blanco asomaba por debajo de una pequeña gorra gris, y debajo del abrigo que le llegaba hasta los tobillos se adivinaba un cuerpo delgado.

El hombre se detuvo frente a nosotros y esperó hasta recuperar el aliento. Cuando la luz de la luna le iluminó el rostro, vimos que nos estaba examinando detenidamente: primero a Eddie y luego a mí.

—¿Sois los niños que buscaba el conductor del autocar? —preguntó con una voz aguda y estridente. Tenía un acento distinto al del señor Starkes. Creo que era escocés.

Eddie y yo asentimos con la cabeza.

—Bueno, yo soy el vigilante nocturno —nos informó el hombre—. Después de cerrar sólo quedo yo.

—Oiga..., ¿dónde está nuestro autocar? —preguntó Eddie con timidez.

—Se ha ido —respondió el hombre con dureza—. Os han buscado por todas partes, pero no podían esperar más. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis perdido ahí dentro? —Señaló con el dedo hacia la Torre.

—Nos ha perseguido un hombre —contestó Eddie—. Nos decía que fuéramos con él, y daba mucho miedo, y...

—¿Un hombre? ¿Qué hombre? —El vigilante nocturno nos miró

con aire incrédulo.

—¡El hombre de la capa negra y el sombrero! —respondí—. Nos ha perseguido por la Torre.

—En la Torre no hay ningún hombre —dijo el vigilante, negando con la cabeza—. Ya os lo he dicho, después de cerrar, sólo me quedo yo.

—¡Pero estaba ahí! —protesté—. ¡Y quería hacernos daño! Nos ha perseguido por la cloaca y, entonces, las ratas…

—¿La cloaca? ¿Qué hacíais vosotros dos en la cloaca? —preguntó el vigilante—. Hay reglas sobre dónde pueden entrar los turistas. Si las incumplís, no podemos hacernos responsables. —El hombre suspiró—. Y ahora me venís con el cuento de un tipo con una capa negra, y de que habéis estado en las cloacas. ¡Menuda fantasía!

Eddie y yo nos miramos; sabíamos que este hombre no iba a creernos.

—¿Cómo vamos a volver al hotel? —quiso saber Eddie—. Nuestros padres estarán preocupadísimos.

Yo eché un vistazo a la carretera; no había ni coches ni autobuses.

—¿Tenéis dinero? —preguntó el vigilante, al tiempo que volvía a colocarse la gorra—. En la esquina hay una cabina telefónica y puedo llamar a un taxi.

Me metí la mano en el bolsillo de los téjanos y comprobé que todavía tenía las monedas que mis padres me habían dado antes de salir. Suspiré aliviada.

—Tenemos dinero —le dije al vigilante.

—Desde aquí el taxi os costará por lo menos unas quince o veinte libras —nos avisó.

—No pasa nada —contesté—. Nuestros padres nos han dado dinero. Si no tenemos suficiente, ellos pagarán al conductor.

El vigilante asintió y a continuación se volvió hacia Eddie.

—Pareces agotado, jovencito. ¿Te has asustado mucho ahí dentro?

Eddie tragó saliva.

—Sólo quiero volver al hotel —murmuró.

El vigilante asintió y, metiéndose las manos en los bolsillos de su abrigo gris, nos condujo hacia la cabina de teléfonos.

Al cabo de diez minutos llegó un taxi negro. El taxista era un hombre rubio con el pelo largo y ondulado.

—¿A qué hotel vais? —nos preguntó, asomándose por la ventanilla.

—Al Barclay —respondí.

Eddie y yo nos subimos a la parte trasera del taxi. Dentro se estaba muy calentito. ¡Qué gusto daba poder sentarse!

Al alejarnos de la Torre del Terror, no miré atrás. No quería volver a ver ese viejo castillo nunca más.

El coche se deslizó suavemente por las calles oscuras. El taxímetro hacía un tic-tac agradable y el taxista tarareaba una melodía. Cerré los ojos y me hundí en el asiento de piel. Intenté no pensar en el hombre terrorífico que nos había perseguido por la Torre, pero no me lo podía quitar de la cabeza.

Pronto regresamos al centro de Londres, donde las calles rebosaban de coches y gente. Por todas partes había rótulos iluminados de restaurantes y teatros.

Al llegar delante del hotel Barclay, el taxi se detuvo. El taxista abrió la mampara situada detrás de su asiento y me dijo:

—Son quince libras y sesenta peniques.

Eddie se incorporó, pero estaba medio dormido. Al descubrir que habíamos llegado a nuestro destino, parpadeó varias veces, asombrado.

Saqué las pesadas monedas del bolsillo y se las tendí al taxista.

—No sé muy bien qué es qué —confesé—. ¿Podría cobrarse de aquí?

El taxista echó un vistazo a las monedas y arqueó una ceja.

—¿Qué es eso? —preguntó con frialdad.

—Monedas —respondí. No sabía qué decir—. ¿Tengo suficiente para pagarle?

El hombre me miró fijamente.

—¿Tienes dinero de verdad? ¿O es que me vas a pagar con dinero de juguete?

—No…, no lo entiendo —tartamudeé. La mano me empezó a temblar y casi se me cayeron las monedas.

—Yo tampoco —contestó con dureza el taxista—. Lo que sí sé es que esto no son monedas de verdad. Aquí utilizamos libras esterlinas, señorita.

El taxista parecía enfadado; me estaba mirando fijamente a través de la mampara de cristal.

—Bueno, ¿me va a pagar en libras esterlinas o qué? ¡Quiero mi dinero ya!

13

Retiré las monedas y me las acerqué a los ojos. En la oscuridad del asiento trasero resultaba difícil verlas bien, pero pude comprobar que eran grandes, redondas y pesadas, como si fueran de oro o plata de verdad. Como estaba tan oscuro, no pude leer lo que ponía.

—¿Por qué iban a darme mis padres monedas de juguete? —le pregunté al taxista.

Él se encogió de hombros.

—Ni idea. No conozco a tus padres.

—Bueno, ellos le pagarán las quince libras —le dije, mientras intentaba volver a meterme las monedas en el bolsillo.

—Quince libras y sesenta peniques más propina —me recordó el taxista, con el entrecejo fruncido—. ¿Dónde están tus padres? ¿En el hotel?

Asentí con la cabeza.

—Sí. Estaban en un congreso aquí mismo, pero ahora deben de estar en la habitación. Iremos a buscarlos para que le paguen.

—Con dinero de verdad, si puede ser —dijo el taxista, levantando la vista al cielo—. Si no estáis aquí dentro de cinco minutos, iré a buscaros.

—Ahora mismo bajan, se lo prometo —le aseguré.

Abrí la puerta y salí del taxi. Eddie me siguió hasta la acera, sacudiendo la cabeza.

—Qué raro es todo esto —murmuró.

Un portero vestido con el uniforme rojo nos abrió la puerta y nos apresuramos a entrar en el enorme y lujoso vestíbulo del hotel.

La mayoría de la gente parecía ir en dirección contraria; seguramente salían a cenar. En ese momento mi estómago hizo un ruido y me di cuenta de que estaba muerta de hambre.

Eddie y yo pasamos a toda velocidad por delante de la recepción. Caminábamos tan rápido que por poco chocamos contra un botones que empujaba un carrito cargado hasta los topes de maletas.

A nuestra derecha oímos ruido de platos en el restaurante del hotel y percibimos un aroma a pan recién hecho.

Las puertas del ascensor se abrieron, dando paso a una mujer pelirroja con un abrigo de pieles y un caniche de color blanco. Eddie se enredó con la correa y tuve que ayudarlo para que no se nos escapara el ascensor.

Entramos y en cuanto se cerraron las puertas apreté el botón número 6.

—¿Qué le pasaba a ese dinero? —preguntó Eddie.

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé. Supongo que papá se equivocó.

Al llegar al sexto piso los dos echamos a caminar a toda prisa por el largo pasillo enmoquetado que llevaba a nuestra habitación. Por el camino, tuve que esquivar una bandeja del servicio de habitaciones que había en el suelo; todavía quedaba medio bocadillo y varias piezas de fruta. Mi estómago me volvió a recordar lo hambrienta que estaba.

—Por fin. —Eddie corrió hasta la habitación 626 y llamó a la puerta—. ¡Eh, mamá! ¡Papá! ¡Somos nosotros!

—¡Abrid! —exclamé con impaciencia.

Eddie volvió a llamar un poco más fuerte.

—¡Eh!

Acercamos la oreja a la puerta y escuchamos: silencio total. No se oían pasos ni voces.

—¡Eh! ¿Estáis ahí? —preguntó Eddie mientras llamaba de nuevo —. ¡Daos prisa! ¡Somos nosotros! —Se volvió hacia mí—. A estas horas tienen que haber acabado ya la reunión —murmuró.

Yo puse las manos en forma de altavoz y grité:

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Estáis ahí?

No hubo respuesta.

Dándose por vencido, Eddie exhaló un hondo suspiro.

—¿Y ahora qué?

—¿Tenéis algún problema? —preguntó una voz de mujer.

Al volverme vi a una doncella del hotel. Llevaba un uniforme gris y una pequeña cofia blanca en la cabeza. Empujaba un carrito lleno de toallas y se detuvo delante de nosotros.

—Nuestros padres están en una reunión —le expliqué—. Mi hermano y yo nos hemos quedado fuera.

La doncella nos examinó durante un instante, soltó el carrito y sacó una cadena larga con muchas llaves.

—En teoría no debería hacer esto —dijo, mientras iba mirando todas las llaves—. Pero supongo que no pasará nada si os abro.

Finalmente metió una llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la puerta. Eddie y yo le dimos las gracias y le dijimos que nos había salvado la vida. Ella sonrió y volvió a empujar el carrito por el pasillo.

Como la habitación estaba a oscuras, encendí la luz.

—Aquí no están —comenté en voz baja—. Ni rastro.

—Habrán dejado una nota —respondió Eddie—. Quizás hayan tenido que salir con la gente del congreso. O tal vez estén abajo, esperándonos en el restaurante.

Nuestra habitación era una *suite* con un salón y dos dormitorios. A medida que la recorríamos, yo iba encendiendo las luces. Me dirigí a un rincón donde había una mesa con un bloc de notas y un bolígrafo, pero el bloc estaba en blanco. No habían dejado ningún mensaje. Tampoco había ninguno en nuestra mesilla de noche.

—Qué extraño —musitó Eddie.

Atravesé nuestro dormitorio y entré en el de papá y mamá. Pulsé el interruptor para echar un vistazo. Dentro, la cama estaba hecha, con la colcha lisa y bien puesta, pero no encontré ningún mensaje. El tocador estaba vacío y no había ni ropa tirada en las sillas ni zapatos en el suelo. Tampoco estaban sus maletines ni sus libretas de notas.

La verdad era que la habitación ni siquiera parecía estar ocupada.

Al volverme vi a Eddie junto al armario, empujando la puerta corredera.

—¡Sue, mira! —gritó—. ¡No hay ropa! ¡La ropa de papá y mamá…, nuestra ropa…, todo ha desaparecido!

En ese momento sentí un nudo en la garganta y me invadió una sensación de pánico.

—¿Qué está pasando?

14

—¡No pueden haberse ido por las buenas! —exclamé. Me dirigí al armario para asegurarme. No sé por qué lo hice, ya que desde el otro lado de la habitación se veía claramente que estaba vacío.

—¿Estás segura de que ésta es nuestra habitación? —preguntó Eddie, al tiempo que abría el resto de los cajones del tocador. Todos estaban vacíos.

Aunque buscamos por todo el cuarto, no había ni rastro de papá y mamá.

—Será mejor que volvamos a recepción —sugerí, tras pensármelo mucho—. Averiguaremos en qué sala es el congreso e iremos a buscarlos.

—No puedo creer que todavía estén en la reunión —murmuró Eddie, negando con la cabeza—. ¿Por qué habrían hecho las maletas y se las habrían llevado consigo?

—Seguro que hay una explicación lógica —respondí—. Venga, vamos abajo.

Salimos al pasillo y cogimos el ascensor hasta el vestíbulo. Cuando llegamos a recepción, nos encontramos con un corrillo de gente arracimada alrededor del mostrador. Una mujer gorda vestida con un mono verde se quejaba acaloradamente de la habitación que le habían asignado.

—Me prometieron una con vistas al río —le gritó a un recepcionista con la cara muy colorada—, ¡y quiero una con vistas al río!

—Pero señora —le contestó éste suavemente—, este hotel no está situado cerca del río, así que no hay ninguna habitación con

vistas al río.

—Pues yo quiero ver el río —insistió ella—. ¡Mire, lo pone aquí!

La mujer plantó una hoja de papel delante de la cara del hombre. La discusión duró unos minutos más, pero enseguida perdí el interés. Estaba pensando en papá y mamá; me preguntaba dónde estarían y por qué no nos habían dejado una nota o un mensaje.

Tras unos diez minutos de espera, Eddie y yo nos dirigimos al recepcionista. Después de meter unos papeles en una carpeta, se volvió hacia nosotros y nos sonrió de forma automática.

—¿Puedo ayudaros?

—Estamos intentando encontrar a nuestros padres —le dije, apoyando los codos sobre el mostrador—. Están en el congreso, creo. ¿Podría decirnos dónde es?

El recepcionista me miró un buen rato, como si no entendiera lo que le había dicho.

—¿Qué congreso es ése? —preguntó finalmente.

Intenté pensar, pero por mucho que me esforzaba no recordaba el nombre del congreso ni de qué trataba.

—Es uno muy grande —respondí sin saberlo a ciencia cierta—. Con gente que ha venido de todas partes del mundo.

El recepcionista se quedó pensativo.

—Hummm…

—¡Es un congreso grandísimo! —intervino Eddie.

—Me parece que se trata de una confusión —dijo el recepcionista con el entrecejo fruncido—. Esta semana no hay ningún congreso en el hotel.

Me quedé mirándolo con la boca completamente abierta. Traté de decir algo, pero no me salían las palabras.

—¿Ninguno? —insistió Eddie tímidamente.

El empleado del hotel sacudió la cabeza.

—Ninguno.

En ese momento le llamó una chica joven desde el interior de la recepción y, tras indicarme con la mano que enseguida volvía, se marchó para averiguar qué ocurría.

—¿Estás segura de que estamos en el hotel correcto? —me susurró Eddie con gesto preocupado.

—Pues claro —le respondí con dureza—. ¿Por qué no dejas de hacerme esas preguntas tan tontas? No soy idiota, ¿vale? ¿Por qué

no paras de preguntarme si es la habitación correcta o el hotel equivocado?

—Porque no entiendo nada —farfulló.

Estaba a punto de responder cuando el recepcionista regresó al mostrador.

—¿En qué habitación estáis? —preguntó, mientras se rascaba la oreja.

—La seiscientos veintiséis —contesté.

Después de teclear en el ordenador, se quedó mirando la pantalla verde.

—Lo siento, pero esa habitación está vacía.

—¿Qué? —exclamé.

El recepcionista me examinó detenidamente, entornando los ojos.

—En estos momentos la habitación 626 no está ocupada —repitió.

—¡Pero si estamos nosotros! —protestó Eddie.

El empleado esbozó una sonrisa forzada y levantó las dos manos como diciendo: «Calma, calma.»

—Encontraremos a vuestros padres —nos dijo con su sonrisa forzada, mientras tecleaba en el ordenador—. A ver, ¿cuál es vuestro apellido?

Abrí la boca para responder, pero no me vino ninguna respuesta a la cabeza. Miré a Eddie, que parecía muy concentrado.

—¿Cuál es vuestro apellido, niños? —repitió el recepcionista—. Si vuestros padres están en el hotel, podemos encontrarlos. Pero necesito saber vuestro apellido.

Lo miré fijamente sin decir nada. Entonces noté una extraña sensación que empezó en la nuca y me recorrió todo el cuerpo; por un instante pensé que no podía respirar, que el corazón se me había parado.

Mi apellido, mi apellido… ¿Por qué no conseguía recordarlo?

Noté que empezaba a temblar y los ojos se me llenaban de lágrimas. ¡Era horrible!

«Me llamo Sue —me dije—. Sue…, Sue, ¿qué más?»

Temblando y llorando, agarré a Eddie por los hombros.

—Eddie, ¿cuál es nuestro apellido? —le pregunté.

—No…, no lo sé —sollozó.

—¡Oh, Eddie! —exclamé, al tiempo que abrazaba a mi hermano —. ¿Qué nos pasa? ¿Qué nos pasa?

15

—Tenemos que conservar la calma —le dije a mi hermano—. Si nos tranquilizamos, seguro que podremos recordarlo.

—Supongo que sí —respondió Eddie, aunque no parecía estar muy convencido. Permaneció con la mirada perdida y los dientes apretados; luchaba por no llorar.

Eddie y yo estábamos en el restaurante del hotel, siguiendo la sugerencia del recepcionista, que había prometido localizar a nuestros padres mientras comíamos. Por supuesto habíamos aceptado encantados. ¡Nos moríamos de hambre!

Nos sentamos en una mesa pequeña al fondo del restaurante. Yo miré alrededor de aquella sala amplia donde las arañas de cristal brillaban sobre los elegantes comensales. En un pequeño palco un cuarteto de cuerda tocaba música clásica.

Eddie tamborileaba con nerviosismo sobre el mantel blanco, mientras yo jugueteaba con los pesados cubiertos de plata. Miré a mi alrededor y vi que las otras mesas estaban llenas de gente feliz y alegre. En la mesa de al lado tres niños cantaban una canción en francés ante sus sonrientes padres.

Eddie se inclinó sobre la mesa y me susurró:

—¿Cómo vamos a pagar la comida? Nuestro dinero no sirve.

—Podemos cargarlo en la cuenta de la habitación —respondí—. Cuando sepamos cuál es.

Eddie asintió con la cabeza y se hundió en la silla. Acto seguido apareció un camarero sonriente vestido de esmoquin.

—Bienvenidos al Barclay —dijo—. ¿Qué desean tomar?

—¿Podríamos ver el menú? —pedí yo.

—Ahora mismo no hay menú —contestó el camarero sin alterar su expresión—. Todavía estamos sirviendo el té.

—¿Té? —exclamó Eddie—. ¿No hay comida?

El camarero soltó una risita.

—Le llamamos «té», pero de hecho es una merienda que incluye bocadillos, bollos, cruasanes y una selección de pastas.

—Muy bien. Té para dos —le dije.

El camarero hizo una reverencia rápida, dio media vuelta y se encaminó hacia la cocina.

—Al menos comeremos algo —musité.

Creo que Eddie no me oyó; seguía mirando hacia la puerta de entrada del restaurante. Seguro que buscaba a papá y mamá.

—¿Por qué no recordamos nuestro apellido? —preguntó deprimido.

—No lo sé —confesé—. Estoy muy confusa.

Cada vez que empezaba a pensar en ello, me mareaba. No hacía más que repetirme a mí misma que la culpa era del hambre.

«Te acordarás cuando hayas comido algo», me decía una y otra vez.

El camarero trajo una bandeja de canapés en forma de triángulo. Reconocí los de huevo duro y atún, pero no supe de qué eran los demás. Sin embargo, a Eddie y a mí no nos importó, ya que empezamos a devorarlos en cuanto el camarero los dejó encima de la mesa.

Nos bebimos dos tazas de té y a continuación llegó la siguiente bandeja llena de bollos y cruasanes. Los untamos con mantequilla y mermelada de fresa y nos los zampamos con entusiasmo.

—Quizá si le hiciéramos al recepcionista una descripción de papá y mamá, eso le ayudaría a encontrarlos —sugirió Eddie, mientras cogía el último cruasán antes de que yo pudiera hacerme con él.

—¡Buena idea! —exclamé.

Pero entonces volvió a embargarme la misma sensación de mareo.

—Eddie —dije—. ¡No me acuerdo de cómo son papá y mamá!

Eddie dejó caer el cruasán.

—Yo tampoco —murmuró, bajando la cabeza—. ¡Esto es de locos, Sue!

Yo cerré los ojos.

—Chist. Intenta imaginártelos —insistí—. Aparta otros pensamientos y concéntrate en una imagen.

—¡No…, no puedo! —tartamudeó Eddie, con voz asustada—. Aquí está pasando algo muy raro. Algo nos está afectando.

Tragué saliva y abrí los ojos. Me resultaba imposible recordarlos. Intenté pensar en mamá: ¿era rubia o morena?, ¿alta o baja?, ¿gorda o delgada? Lo había olvidado.

—¿Dónde vivimos? —se lamentó Eddie—. ¿Vivimos en una casa? No me acuerdo, no me acuerdo de nada.

Noté por su voz que Eddie estaba a punto de llorar. Yo sentí un nudo en la garganta que me impedía respirar. Me quedé mirando a Eddie, incapaz de pronunciar una sola palabra.

¿Qué podía decir? El cerebro me daba vueltas como una peonza.

—Hemos perdido la memoria —dije finalmente—. O al menos parte de ella.

—¿Cómo? —preguntó Eddie con voz trémula—. ¿Cómo puede habernos ocurrido lo mismo a los dos?

Junté las manos sobre mi regazo y me di cuenta de que las tenía completamente heladas.

—Por lo menos nos acordamos de algunas cosas —observé, intentando ser optimista.

—Aún recordamos nuestros nombres —replicó Eddie—, pero no nuestro apellido. ¿Qué más recordamos?

—Nos acordamos de nuestro número de habitación —contesté —. La seiscientos veintiséis.

—¡Pero el recepcionista dice que no puede ser! —exclamó Eddie.

—Y recordamos por qué vinimos a Londres —proseguí—. Porque papá y mamá venían a un congreso.

—¡Pero no hay ningún congreso en el hotel! —exclamó Eddie—. Nuestros recuerdos son incorrectos, Sue. ¡Totalmente falsos!

Insistí en averiguar lo que recordábamos. Tenía la sensación de que, si hacíamos una lista, no nos sentiríamos tan mal. Era una idea absurda, pero no se me ocurría nada más.

—Recuerdo la excursión que hemos hecho hoy —dije—. Y recuerdo todos los sitios de Londres que hemos visitado. Recuerdo al señor Starkes. Recuerdo…

—¿Y ayer? —interrumpió Eddie—. ¿Qué hicimos ayer, Sue?

Iba a responder, pero de muevo me quedé sin respiración.

¡No recordaba el día de ayer! ¡Ni anteayer! ¡Ni el día anterior!

—Oh, Eddie —gemí, cubriéndome las mejillas con las manos—. Esto es horrible.

Eddie no pareció oírme; tenía la vista fija en la puerta del restaurante. Yo seguí su mirada y vi a un hombre esbelto y rubio que entraba en la sala.

El taxista.

¡Nos habíamos olvidado por completo de él!

16

Pegué un salto y la servilleta fue a parar a mi zapato, así que me deshice de ella dándole una patada. A continuación tiré con fuerza del brazo de Eddie.

—Venga, vámonos de aquí.

Con cara de duda, Eddie me miró a mí y luego al taxista, que acababa de detenerse junto a la entrada y estaba registrando el restaurante con la mirada.

—Date prisa —susurré—. Todavía no nos ha visto.

—Quizá deberíamos explicarle… —dijo Eddie.

—¿Explicarle qué? —le corté—. ¿Que no podemos pagarle porque hemos perdido la memoria y no nos acordamos de nuestro propio nombre? Dudo mucho que se lo crea, ¿y tú?

Eddie frunció el entrecejo.

—Tienes razón, pero ¿cómo salimos de aquí?

El taxista bloqueaba la puerta de entrada, pero había otra al fondo del restaurante, justo detrás de nuestra mesa. Era una puerta de cristal con una cortina y un rótulo que decía «NO PASAR», pero no importaba. No había elección; teníamos que escapar.

Agarré el picaporte y abrí la puerta de un tirón. Eddie y yo nos escabullimos y cerramos la puerta detrás de nosotros.

—Creo que no nos ha visto —susurré—. Me parece que nos hemos salvado.

Ante nosotros había un pasillo largo y oscuro. El suelo estaba sin enmoquetar, y las paredes, sucias y sin pintar.

«Debe de ser una zona reservada al personal del hotel», pensé.

Antes de doblar un recodo, levanté una mano para que Eddie se

detuviera. Nos quedamos en silencio un instante para comprobar si se oían pasos. ¿Nos habría visto el taxista? ¿Nos habría seguido hasta allí?

Lo cierto es que me resultaba imposible oír nada salvo los fuertes latidos de mi corazón.

—¡Qué día tan horrible! —me quejé.

Pero entonces el día se volvió aún más horrible; el hombre de la capa negra apareció ante nosotros.

—¿Creíais que no iba a seguiros? —preguntó—. ¿O acaso pensabais que podíais escapar de mí?

17

El hombre de la capa avanzó hacia nosotros con la cara oculta entre las sombras.

Eddie y yo estábamos atrapados, de espaldas contra la puerta de cristal. Cuando el hombre de la capa se acercó, pudimos verle las facciones y reconocimos los mismos ojos oscuros y fríos y la misma mueca amenazadora que habíamos visto antes.

El hombre extendió la palma de la mano hacia Eddie.

—Devuélvemelos —exigió.

Eddie se quedó de piedra.

—¿Que devuelva el qué? —exclamó.

El hombre de la capa mantuvo la palma abierta frente al rostro de Eddie.

—¡Devuélvemelos inmediatamente! —gritó—. No juegues conmigo.

La expresión de Eddie empezó a cambiar. Después de mirarme un instante, se volvió hacia el hombre de la capa.

—Si se los devuelvo, ¿nos dejará marchar?

Yo estaba totalmente confundida. ¿Devolver qué? ¿De qué estaba hablando Eddie?

El hombre de la capa soltó una carcajada que parecía más bien una tos seca.

—¿Cómo te atreves a negociar conmigo? —le preguntó a mi hermano.

—Eddie, ¿de qué está hablando?

En lugar de contestarme, Eddie mantuvo la mirada fija en el rostro sombrío del hombre de la capa.

—¿Nos dejará marchar si se los devuelvo?

—Devuélvemelos ahora mismo —respondió el hombre con dureza, inclinándose sobre Eddie con ademán amenazador.

Eddie exhaló un suspiro y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Ante mi sorpresa, sacó los tres guijarros blancos. ¡El carterista había vuelto a atacar!

—Eddie, ¿cuándo se los quitaste? —le pregunté.

—En la cloaca —respondió—. Cuando él me cogió.

—Pero ¿por qué? —inquirí.

Eddie se encogió de hombros.

—No lo sé. Parecían importantes para él, así que pensé…

—¡No lo parecen, lo son! —gritó el hombre de la capa mientras le arrebataba los guijarros.

—¿Ahora nos dejará marchar? —lloriqueó Eddie.

—Sí. Ahora nos iremos —respondió el hombre, distraído. Estaba concentrado en los guijarros.

—¡Eso no es lo que he dicho! —protestó Eddie—. ¿Dejará que nos vayamos?

El hombre no le hizo caso. Apiló los guijarros en la palma de su mano y, acto seguido, empezó a cantar una canción que no entendí. Debía de ser en un idioma extranjero.

Nada más terminar de cantar, un enorme resplandor inundó el pasillo y las puertas comenzaron a curvarse como si fueran de goma. De repente sentimos que el suelo empezaba a ondularse bajo nuestros pies. El hombre de la capa también brillaba y se ondulaba. Todo el pasillo resplandecía con una luz blanca y cegadora.

De pronto noté una punzada aguda en el estómago, como si me hubieran pegado un puñetazo.

No podía respirar.

Finalmente todo se volvió negro.

18

Una luz intermitente de color naranja rompió la oscuridad.

Abrí los ojos y parpadeé varias veces. A continuación respiré profundamente. El hombre de la capa ya no estaba.

—Eddie, ¿estás bien? —le pregunté con voz temblorosa.

—Creo…, creo que sí —tartamudeó Eddie.

Miré el largo pasillo y descubrí asombrada que estaba lleno de puertas. Al lado de cada puerta había un candelabro con una vela.

—Sue, ¿cómo hemos llegado a este pasillo? —preguntó Eddie en voz baja—. ¿Dónde está el hombre de la capa?

—No lo sé —respondí—. Estoy tan confusa como tú.

Eddie y yo caminamos por el pasillo.

—Ésta debe de ser la parte vieja del hotel —supuse—. Deben de haberlo decorado así para que parezca antiguo.

Pasamos por delante de muchas puertas. Aparte del ruido de nuestras zapatillas deportivas sobre el suelo de madera, todo estaba silencioso. No había nadie más a la vista. La luz de las velas, las puertas oscuras, el silencio inquietante… me daban escalofríos. Me temblaba todo el cuerpo.

Eddie y yo seguimos andando bajo la débil luz anaranjada.

—Quie…, quiero volver a la habitación —dijo Eddie cuando doblamos otro recodo—. Quizá papá y mamá hayan vuelto y estén esperándonos arriba.

—Quizá —respondí con escepticismo.

Entramos en otro pasillo igual de silencioso, bañado por la luz tétrica y danzante de las velas.

—Tiene que haber un ascensor por aquí cerca —murmuré.

Pero solamente pasábamos ante puertas cerradas.

Al doblar otra esquina, casi nos dimos de bruces contra un grupo de personas.

—¡Ooohhh! —exclamé, sorprendida por el hecho de encontrar gente en aquellos pasillos tan desiertos.

Cuando pasaron me quedé mirándolos; llevaban unas túnicas largas y las caras ocultas bajo capuchas oscuras. Era imposible decir si eran hombres o mujeres. Se movían silenciosamente, sin hacer el más mínimo ruido, y no nos prestaron ninguna atención.

—Oiga… ¿Podrían decirnos dónde está el ascensor? —preguntó Eddie.

No se volvieron ni contestaron.

—¡Eh! —gritó Eddie, mientras corría detrás de ellos—. ¡Por favor! ¿Han visto el ascensor?

Uno de ellos se detuvo y se volvió hacia Eddie. Los otros continuaron avanzando lentamente por el pasillo, arrastrando sus largas túnicas. Al colocarme junto a mi hermano, vi la cara del encapuchado: era un hombre viejo con las cejas pobladas y blancas.

El anciano miró primero a Eddie y luego a mí. Sus ojos eran profundos, y su expresión, triste.

—Percibo el Mal a vuestro alrededor —nos anunció en voz baja.

—¿Qué? —exclamé—. Mi hermano y yo…

—No salgáis de la abadía —nos aconsejó el anciano—. Percibo el Mal muy cerca. Vuestra hora está próxima, muy próxima…

19

—¿Qué abadía? —pregunté—. ¿Por qué dice eso?

El anciano no respondió, simplemente asintió con gesto solemne mientras la luz de las velas se reflejaba en sus ojos húmedos. Entonces se volvió para reunirse en silencio con los otros, arrastrando la túnica por el suelo.

—¿Qué quería decir? —inquirió Eddie en cuanto el anciano encapuchado hubo desaparecido—. ¿Por qué intentaba asustarnos?

Sacudí la cabeza.

—Debe de ser una broma —deduje—. Seguramente iban a alguna fiesta.

Eddie frunció el entrecejo, pensativo.

—Eran bastante siniestros, Sue. No tenían pinta de ir de juerga.

Yo suspiré.

—Busquemos el ascensor y volvamos a la habitación. Esta parte del hotel me da miedo; es demasiado oscura y solitaria.

—Eh, se supone que soy yo el que tiene miedo —dijo Eddie, siguiéndome por el pasillo—. Tú eres la valiente, ¿recuerdas?

Continuamos caminando por aquellos pasillos, sintiéndonos cada vez más perdidos. No había forma de encontrar ni el ascensor ni un modo de salir.

—¿Es que vamos a caminar eternamente? —se lamentó Eddie—. Tiene que haber una salida, ¿no?

—Volvamos atrás —sugerí—. El taxista ya debe de haberse ido. Regresemos hacia donde vinimos y salgamos por el restaurante.

Eddie se apartó el cabello de la frente.

—Buena idea —murmuró.

Dimos media vuelta e iniciamos el largo camino de regreso al restaurante. Nos resultó fácil; simplemente seguimos el pasillo y doblamos a la izquierda en lugar de a la derecha. Andábamos rápido y sin hablar.

Mientras caminábamos, intenté recordar nuestro apellido y a nuestros padres. Me esforcé en recordar sus caras o cualquier cosa sobre ellos, pero no hubo manera.

Perder la memoria es algo terrorífico; mucho peor que ser perseguido por alguien, puesto que la culpa está en tu interior, en tu propia mente. Resulta imposible escapar o esconderse; es un problema que no puedes resolver y te hace sentir completamente impotente.

Mi única esperanza era que papá y mamá estuvieran esperándonos en la habitación y que pudiesen explicarnos lo que nos había ocurrido.

—¡Oh, no! —exclamó Eddie, interrumpiendo mis pensamientos.

Habíamos llegado al final del pasillo, donde debía estar la puerta de cristal. Pero no había ninguna puerta, ni que diera al restaurante ni a cualquier otra parte.

Eddie y yo estábamos delante de una pared de piedra.

20

—¡Nooo! —lloró Eddie—. ¡Yo quiero salir! ¡Quiero salir de aquí! —repitió, golpeando furiosamente la pared con los puños.

Yo lo aparté con suavidad.

—Debemos de habernos equivocado de dirección al doblar uno de los recodos —le dije.

—¡Ni hablar! —protestó—. ¡Es el mismo pasillo! ¡Lo sé!

—¿Y entonces dónde está el restaurante? —repliqué—. ¿No creerás que han sellado la puerta mientras caminábamos por los pasillos?

Eddie me miró con ojos asustados.

—¿No podemos salir y dar la vuelta al hotel? —preguntó desesperadamente.

—Podríamos hacerlo —reflexioné en voz alta—, si encontráramos una puerta que diese al exterior. Pero de momento…

Me interrumpieron unas voces.

Al volverme descubrí un estrecho pasadizo a nuestra derecha que no había visto antes. De él parecían proceder las voces, y también se oían risas.

—El restaurante debe de estar por ahí —le dije a Eddie—. ¿Lo ves? Sólo teníamos que seguir un poco más. Saldremos de aquí en unos segundos.

El rostro de Eddie se animó un poco.

A medida que avanzábamos por el pasadizo, las voces y risas se hacían más audibles. Al fondo vimos una brillante luz amarilla que salía de una puerta abierta. Cuando entramos, los dos lanzamos una exclamación de sorpresa. ¡Aquél no era el hotel donde habíamos

merendado!

Me agarré a Eddie y contemplé la enorme sala. Estaba completamente estupefacta. La única luz procedía del fuego de dos chimeneas enormes. La gente iba disfrazada y estaba sentada en bancos junto a largas mesas de madera.

En el centro de la sala estaban asando un venado sobre una gran fogata. Las mesas rebosaban de comida: carne, coles, verduras, frutas, patatas y otros alimentos que no pude reconocer. Curiosamente, no vi ningún plato o bandeja; la comida estaba dispuesta directamente encima de las largas mesas y la gente alargaba la mano y cogía lo que quería.

Todos comían ruidosamente y hablaban a gritos, reían y cantaban. Bebían a grandes tragos de unas copas de metal, dejándolas con estrépito sobre las mesas y brindando alegremente.

—¡Comen con las manos! —observó Eddie.

Tenía razón; en las mesas no había cubiertos de ningún tipo.

Un gran perro marrón perseguía a dos gallinas por la sala, y una mujer que sostenía a dos bebés sobre el regazo dedicaba toda su atención a masticar un gran trozo de carne.

—Es una fiesta de disfraces —le susurré a Eddie, sin atreverme a moverme de la puerta—. Aquí es donde debían de venir los hombres encapuchados.

Contemplé embobada los trajes de colores: túnicas largas, monos azules y verdes que parecían pijamas y, sobre los hombros, muchas pieles. Las llevaban tanto hombres como mujeres, a pesar del calor procedente de las chimeneas.

En un rincón, junto a un barril, un hombre con una gran piel de oso iba llenando las copas de un espeso líquido color marrón.

Dos niños harapientos jugaban con una herradura debajo de una de las mesas, mientras otro niño vestido que llevaba las piernas enfundadas en unas medias verdes perseguía a una de las gallinas.

—¡Menuda fiesta! —susurró Eddie—. ¿Quién es esta gente?

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé. No entiendo muy bien lo que dicen. ¿Y tú?

Eddie negó con la cabeza.

—Tienen un acento raro.

—Pero quizás alguien de aquí pueda decirnos cómo salir —sugerí.

—Intentémoslo —dijo Eddie.

Empecé a caminar y, aunque avanzaba lentamente, por poco tropecé con un perro que dormía en el suelo. Me dirigí hacia uno de los hombres que estaba asando el venado, mientras Eddie me seguía a poca distancia. El hombre sólo llevaba unos pantalones cortos de arpillera, y la frente y el torso le brillaban a causa del sudor.

—Perdone —le dije.

El hombre levantó la vista y me miró con una expresión de completa sorpresa.

—Perdone —repetí—, ¿podría decirnos cómo salir del hotel?

Él continuó mirándome sorprendido, sin responder a mi pregunta. Me miraba como si nunca hubiera visto a una niña de doce años vestida con una camiseta y téjanos.

Dos niñas con vestidos de color gris, largos hasta el suelo, se acercaron a nosotros y nos miraron con la misma expresión de asombro que el hombre. Tenían el pelo largo y rubio, pero totalmente enredado. ¡Parecía que no se lo hubieran peinado en toda su vida!

Ambas nos señalaron con el dedo y soltaron unas risitas. En ese momento me di cuenta de que toda la sala se había quedado en completo silencio, como si alguien hubiera accionado un botón para bajar el volumen al mínimo.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y el intenso olor del asado me mareó. Al volverme, vi que toda la sala había enmudecido y que todos nos estaban mirando boquiabiertos.

—Sien…, siento interrumpir la fiesta —tartamudeé con voz asustada.

De pronto todos se pusieron en pie. Uno de los largos bancos de madera se volcó y toda la comida se desparramó por el suelo. Unos niños nos señalaban y se reían en voz baja. Incluso las gallinas parecían haber cesado de cloquear y de pasearse por la sala.

Fue entonces cuando un hombre enorme con la cara encendida y una túnica blanca levantó la mano y nos señaló con el dedo a Eddie y a mí.

—¡Son ELLOS! —gritó—. ¡Son ELLOS!

21

—¿Nos conocen? —me preguntó Eddie en voz baja.

Nosotros también nos quedamos mirándolos. Todo el mundo parecía haberse quedado congelado en su sitio. El cocinero dejó de asar el venado y el único sonido que se oía en todo el comedor era el crepitar de las llamas en las dos chimeneas gemelas.

El hombre de la túnica blanca bajó la mano lentamente y su cara se tornó de un rojo escarlata.

—Sólo queremos encontrar la salida —expliqué con timidez.

Nadie se movió ni respondió.

Yo respiré hondo y volví a intentarlo.

—¿Hay alguien que pueda ayudarnos?

Silencio.

«¿Quién será esta gente tan extraña? —me pregunté—. ¿Por qué nos miran de este modo? ¿Y por qué no nos contestan?»

Eddie y yo dimos un paso atrás cuando ellos empezaron a avanzar hacia nosotros. Algunos murmuraban muy excitados, hablaban entre ellos en susurros y hacían aspavientos con las manos.

—¡Eddie, más vale que nos vayamos de aquí! —murmuré.

Aunque no podía oír lo que decían, no me gustaba la expresión de sus caras. Tampoco me hacía ninguna gracia que vinieran hacia nosotros de todas direcciones, como intentando rodearnos.

—¡Eddie, corre! —grité.

Cuando dimos media vuelta y nos abalanzamos hacia la puerta abierta, oímos un griterío enorme. Los perros se pusieron a ladrar y los niños a llorar. Nosotros nos adentramos en el oscuro pasillo y

seguimos corriendo a toda velocidad.

Mientras corríamos, todavía podía notar el calor del fuego en la cara y el intenso aroma del asado. Los gritos de ira de la gente resonaban por todo el pasillo. Cuando me volví, casi sin aliento, creí que los vería detrás de nosotros, pero el pasillo estaba vacío.

Doblamos una esquina y continuamos corriendo. A ambos lados parpadeaban las velas, mientras el suelo de madera crujía bajo nuestras zapatillas deportivas. Aquella luz tenue y tenebrosa, las distantes voces detrás de nosotros, el pasillo en forma de túnel interminable, todo me daba la sensación de estar en un sueño.

Doblamos otro recodo sin dejar de correr. La borrosa luz de las velas empezaba a desenfocarse.

«Estoy flotando en una nube de color naranja brillante —pensé—. ¿Cuándo llegaré al final de estos pasillos vacíos?»

De repente apareció una puerta delante de nosotros, y Eddie y yo gritamos de alegría. Parecía una salida.

«¡Tiene que dar al exterior!», me dije.

Corrimos hasta la puerta sin frenar. Cuando llegamos a ella, extendí las manos, la abrí de un empujón y salimos a la luz del día.

¡Estábamos fuera! ¡Habíamos escapado del oscuro laberinto del hotel!

Tardé unos instantes en librarme del resplandor blanco que me había cegado al salir. Parpadeé varias veces y finalmente miré a mi alrededor.

—¡Oh, no! —grité, agarrando a mi hermano por el brazo—. ¡No! Eddie, ¿qué ha pasado?

22

—¡Es…, es de día! —tartamudeó Eddie.

Sin embargo, la luz del sol no era lo único asombroso; todo había cambiado.

Me sentí como si estuviera viendo una película y hubiese cambiado la escena. De pronto era de día, o la semana siguiente, y yo estaba en un lugar totalmente distinto. Sabía que sólo habían pasado unos segundos desde que Eddie y yo habíamos abierto la puerta del hotel, pero en ese espacio de tiempo todo había cambiado.

Eddie y yo nos mantuvimos muy juntos y miramos a nuestro alrededor. No se veían coches ni autobuses. La calle había desaparecido para dejar paso a un camino lleno de piedras y polvo. Donde antes había edificios altos, aparecían ahora casitas blancas de techos bajos y cabañas de madera sin puertas ni ventanas. Junto a una de las casitas había un pajar, y unas cuantas gallinas cloqueaban y picoteaban el polvo del camino. Una vaca asomaba la cabeza por detrás del pajar.

—¿Qué pasa? —preguntó Eddie—. ¿Dónde estamos?

—Es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo —dije en voz baja—. Eddie, mira a la gente.

Pasaron dos hombres cargados con sartas de pescados. Llevaban el pelo largo y barba larga también, y vestían unos sayos grises que les llegaban hasta el suelo.

Vimos a dos mujeres arrodilladas en un huerto, arrancando patatas con las manos, y a un hombre que cabalgaba a lomos de un caballo tan flaco que se le marcaban todas las costillas. El hombre

se paró a hablar con las mujeres, que lucían unos vestidos largos de color marrón.

—Se parecen a la gente que vimos en el hotel —le dije a Eddie.

Al recordar el hotel me di la vuelta.

—¡Oh, no! —Cogía Eddie del brazo y lo obligué a volverse.

El hotel también había desaparecido.

En su lugar se alzaba un edificio alargado y bajo de piedra parda. Por su aspecto parecía una posada o un ayuntamiento.

—No entiendo nada —se quejó Eddie, rascándose la cabeza. A la luz del día, me percaté de que estaba muy pálido—. Sue, tenemos que volver al hotel. Estoy…, estoy muy confuso.

—Yo también —confesé.

Caminé unos pasos por el camino de tierra. Debía de haber llovido recientemente, porque el suelo estaba blando y embarrado. En la lejanía se oyó el mugido de una vaca.

«¿Es esto Londres? —me pregunté—. ¿Cómo puede haber vacas en pleno centro? ¿Dónde están los edificios de oficinas? ¿Y los coches? ¿Y los taxis y los autobuses de dos pisos?»

De pronto oí silbar a alguien y vi a un niño rubio que aparecía por detrás del edificio alargado. Vestía un traje hecho con harapos marrones y negros y llevaba un haz de leña en los brazos.

Parecía de mi edad, así que crucé el camino embarrado para hablar con él.

—¡Hola! —le grité—. ¡Hola!

El niño alzó la vista por encima del haz de leña y sus ojos azules me miraron sorprendidos. La brisa alborotaba su cabello largo y despeinado.

—A los buenos días, señora —dijo él. Tenía un acento tan extraño que casi no podía entenderle.

—Buenos días —respondí sorprendida.

—¿Sois viajeros? —preguntó el niño, al tiempo que se echaba el haz de leña al hombro.

—Sí —contesté—. Pero mi hermano y yo nos hemos perdido. No encontramos nuestro hotel.

Él entornó sus ojos azules y me miró con aire pensativo.

—Nuestro hotel —repetí—. ¿Sabes dónde está? Es el Barclay.

—¿Barclay? —repitió—. ¿Hotel?

—Sí —dije yo. Esperé su respuesta, pero él se quedó mirándome

con el entrecejo fruncido.

—No conozco esas palabras extranjeras —dijo finalmente.

—¡Un hotel! —exclamé con impaciencia—. Ya sabes, un lugar donde se alojan los viajeros.

—Muchos se alojan en la abadía —respondió. A continuación señaló el edificio alargado que quedaba a nuestra espalda.

—No, quiero decir… —empecé a explicar, pero enseguida me di cuenta de que no me comprendía en absoluto.

—Bueno, tengo que llevar la leña a casa —dijo el niño. Hizo un gesto de despedida con la cabeza, se cambió el haz de hombro y reemprendió la marcha por el camino embarrado.

—Eddie, ¿has visto? —comenté—. ¡Ese niño no sabía lo que era un hotel! ¿Qué te ha…?

Miré a mi alrededor.

—¿Eddie?

Eddie no estaba.

23

—¿Eddie? ¡Eddie!

Cada vez que pronunciaba su nombre, mi voz sonaba más aguda y aterrorizada. ¿Dónde se había metido?

—¡Eeee-ddie! —grité.

Las dos mujeres que arrancaban patatas levantaron la vista.

—¿Han visto adónde ha ido mi hermano? —les pregunté.

Ellas negaron con la cabeza y volvieron a su trabajo.

—¡Aahh! —Tuve que pegar un salto para evitar que me atropellara un carro tirado por un buey enorme. El conductor, un hombre gordo, sin camisa y cuyo cuerpo obeso estaba curtido por el sol, en lugar de frenar, chasqueó las cuerdas que usaba como riendas y le gritó al animal para que fuera más deprisa.

Cuando el carro pasó por aquella parte del camino, las ruedas se hundieron en el barro y dejaron unos surcos profundos en el suelo. Las gallinas cloquearon y se apartaron del camino rápidamente, pero las mujeres ni siquiera levantaron la cabeza.

Yo me dirigí a la entrada de la abadía.

—¿Eddie? ¿Estás ahí dentro?

Abrí la puerta y eché una ojeada furtiva al interior. Allí volví a ver el largo pasillo iluminado con velas y a varios hombres vestidos con hábitos que se congregaban alrededor de la entrada.

«Acabamos de salir de ahí —me dije, y acto seguido cerré la puerta—. Eddie no volvería a entrar.»

¿Entonces dónde estaba? ¿Por qué se había ido y me había dejado tirada? ¿Cómo podía haber desaparecido así?

Grité su nombre varias veces más hasta que se me hizo un nudo

en la garganta. Tenía la boca completamente seca.

—¿Eddie? —repetí, desesperada.

De camino a una de las casitas, las piernas me empezaron a temblar.

«No te asustes, Sue —me dije—. Lo encontrarás. Sobre todo no te asustes.»

Demasiado tarde; estaba muerta de miedo.

¿Dónde se habría metido?

Al asomarme por la puerta abierta de la casita, percibí un olor desagradable, pero salvo una mesa de madera rústica y un par de taburetes no había nadie.

Me dirigí a la parte trasera de la casa, desde la que se extendía un prado de hierba que hacía un poco de pendiente. Más abajo, en medio de la colina, pastaban cuatro o cinco vacas.

Puse las manos en forma de altavoz y llamé a mi hermano una vez más. Por toda respuesta oí el suave mugido de una vaca. Con un suspiro de preocupación, di media vuelta para regresar al camino.

«Supongo que tendré que registrar todas las casitas —decidí—. Eddie no puede haber ido muy lejos.»

Sólo había dado un par de pasos cuando una sombra se proyectó sobre el camino. Totalmente sorprendida, alcé la vista y me quedé mirando a la figura oscura que me cerraba el paso.

Su capa negra ondeaba al viento. Llevaba otro sombrero negro, pero bajo el ala asomaba la misma cara pálida.

24

Retrocedí un poco para evitar su sombra y me llevé las manos a las mejillas, horrorizada.

—Ya te dije que era hora de irnos —me recordó, acercándose a mí.

—¿Dónde está Eddie? —farfullé—. ¿Sabe dónde está Eddie?

En su rostro blanquecino se dibujó una fina sonrisa.

—¿Eddie? —preguntó con sorna. Por algún motivo, mi pregunta le había hecho gracia—. No te preocupes por «Eddie» —respondió con una mueca burlona.

El hombre dio un paso hacia delante y su sombra volvió a engullirme. Yo estaba muerta de miedo.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi que las dos mujeres del huerto se habían metido en sus casas. Todo el mundo había desaparecido. El camino estaba desierto; sólo quedaban algunas gallinas y un sabueso que dormía junto al pajar.

—No…, no lo comprendo —tartamudeé—. ¿Quién es usted? ¿Por qué nos persigue? ¿Dónde estamos?

Mis preguntas históricas tan sólo le hicieron reír.

—Ya me conoces —dijo tranquilamente.

—¡No! —protesté—. ¡No le conozco! ¿Qué está pasando?

—Tus preguntas no retrasarán tu destino —respondió.

Lo miré fijamente e intenté interpretar su expresión en busca de respuestas. Sin embargo, él se bajó el ala del sombrero para cubrirse los ojos.

—¡Se ha equivocado! —exclamé—. ¡Se ha equivocado de niña! ¡Yo no le conozco! ¡No entiendo nada!

El hombre dejó de sonreír e hizo un gesto de impaciencia.

—Vámonos ya —dijo con firmeza.

—¡No! —chillé—. ¡No me moveré hasta que me diga quién es y dónde está mi hermano!

Él se echó la capa hacia atrás y dio otro paso hacia mí. A medida que se acercaba, sus botas se iban hundiendo en el barro del camino.

—¡No iré con usted! —grité, histérica. Todavía tenía las manos en las mejillas, y las piernas me temblaban tanto que creía que me iba a caer.

Miré a mi alrededor en busca de una escapatoria. ¿Aguantarían mis piernas si echaba a correr?

—Ni se te ocurra intentar escapar —dijo el hombre como si me hubiera leído el pensamiento.

—Pero…, pero… —balbucí.

—Vas a venir conmigo ahora mismo. Es la hora —insistió.

El hombre se abalanzó sobre mí, levantó sus manos enguantadas y me agarró por los hombros. No tuve tiempo de defenderme ni de intentar liberarme.

De pronto el suelo empezó a retumbar; oí un gemido y un fuerte chasquido. En ese momento apareció otro carro y vi al conductor arreando al buey con una larga cuerda.

El hombre de la capa negra me soltó y dio un salto atrás para evitar ser arrollado por el carro. Su sombrero salió volando y él se tambaleó al poner el pie en una zanja que había junto al camino.

Mientras el hombre intentaba mantener el equilibrio, yo tuve el tiempo justo para dar media vuelta y huir. Corrí agachada, escondiéndome detrás del buey. Después me desvié y me metí entre dos casitas.

Durante mi huida, alcancé a ver al hombre de la capa agachándose para recoger el sombrero. Descubrí que no tenía nada de pelo; su cabeza calva brillaba como una bola de billar.

Yo jadeaba y respiraba con dificultad; me dolía el pecho y las sienes estaban a punto de estallarme. No obstante, seguí corriendo agachada por detrás de las casitas. A mi izquierda se extendía el prado verde, donde resultaba imposible esconderse.

Las casitas estaban cada vez más juntas. Oí los llantos de unos niños. Una mujer estaba guisando una especie de salsa roja en un

fuego. Me gritó cuando pasé junto a ella, pero yo no le respondí.

Dos sabuesos negros empezaron a perseguirme, ladrando y mordisqueándome los tobillos.

—¡Fuera! —grité—. ¡Fuera! ¡Dejadme en paz!

Eché un vistazo atrás y vi la gran silueta negra deslizándose rápidamente por la hierba. Sabía que iba a alcanzarme.

«Tengo que encontrar un escondite —me dije—. ¡Ya!»

Me metí entre dos pequeñas cabañas y casi atropellé a una mujer gorda y pelirroja que llevaba un bebé envuelto en una gruesa manta. La mujer, sobresaltada, apretó al bebé contra su pecho todavía más.

—¡Tiene que esconderme! —exclamé, jadeante.

—¡Fuera de aquí! —replicó la mujer. No parecía antipática, sino asustada.

—¡Por favor! —le rogué—. ¡Me están persiguiendo! —Señalé el espacio entre las casas y ambas vimos al hombre de la capa que se acercaba a toda velocidad.

»¡Por favor! ¡No deje que me alcance! —supliqué—. ¡Escóndame! ¡Escóndame!

La mujer tenía la vista fija en el hombre de la capa. Finalmente se volvió hacía mí y se encogió de hombros.

—No puedo —aseguró.

25

Suspiré, totalmente derrotada. Sabía que no podía ir mucho más lejos y que el hombre de la capa me capturaría con facilidad.

La mujer apretó al bebé contra su vestido negro, mientras seguía al hombre con la mirada.

—¡Le…, le pagaré! —se me ocurrió decirle inesperadamente.

De pronto había recordado las monedas que el taxista se había negado a aceptar. ¿Las aceptaría ahora la mujer?

Me metí la mano en el bolsillo y saqué el dinero.

—¡Aquí tiene! —exclamé—. ¡Tómelas! ¡Quédeselas todas! ¡Pero escóndame, por favor!

Le puse todas las monedas en la mano. Al examinarlas, la mujer abrió los ojos y la boca, totalmente estupefacta.

«Tampoco las aceptará —pensé—. Me las va a devolver como hizo el taxista.»

Pero me equivocaba.

—¡Soberanos de oro! —exclamó en voz baja—. Soberanos de oro. Solamente he visto uno en mi vida, cuando era niña.

—¿Los acepta? ¿Me va a esconder? —imploré.

Ella se metió las monedas en el escote del vestido y luego me empujó hacia su casa. Dentro olía a pescado y había tres cunas en el suelo, junto a un pequeño fuego.

—Rápido, métete en el cesto de la leña —me ordenó la mujer—. Está vacío. —Me empujó suavemente hacia una gran cesta de mimbre con una tapa.

Con el corazón desbocado, destapé la cesta y me introduje en su interior. Ella volvió a colocar la tapa, dejándome en la más

completa oscuridad. Me encogí y apoyé las rodillas y las manos en el áspero fondo de la cesta. Aunque no se me oía, deseé parar de jadear y que mi corazón no palpitara tan fuerte.

Entonces me di cuenta de que la mujer había aceptado las monedas encantada, sin decir que eran dinero de juguete, como el taxista.

«Son monedas muy antiguas», pensé.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. De pronto me di cuenta de por qué todo tenía un aspecto tan distinto, tan antiguo.

«Hemos retrocedido en el tiempo de verdad —me dije—. Estamos en el Londres de hace varios siglos. El hombre de la capa nos trajo aquí con ayuda de esos guijarros y cree que soy otra persona. Me persigue porque me ha confundido con otra. ¿Y cómo le haré ver la verdad? —me pregunté—. ¿Cómo saldré del pasado y volveré a mi época?»

Intenté olvidar esas preguntas y escuchar atentamente. Oí voces fuera de la casita: primero la de la mujer y luego el atronador vozarrón del hombre de la capa.

Contuve el aliento para poder oír sus palabras a pesar de los fuertes latidos de mi corazón.

—Está ahí dentro, señor —dijo la mujer.

Entonces oí unos pasos y sus voces se hicieron cada vez más fuertes. Se acercaron más y más, hasta detenerse junto a la cesta.

—¿Dónde está? —exigió saber el hombre de la capa.

—La he metido en ese cesto, señor —respondió la mujer—. Está empaquetada y lista para llevar.

26

Permanecí en la oscuridad de la cesta con el corazón en un puño.

«¡Menuda traición! Esa mujer ha aceptado mi dinero —pensé indignada—, y luego me ha delatado. ¿Cómo ha podido hacerme esto?»

Todavía estaba a gatas, completamente encogida y aterrorizada. Todo el cuerpo se me quedó dormido y pensé que en cualquier momento me desvanecería.

No obstante, respiré hondo y me incorporé un poco para intentar abrir la tapa. Cuando vi que no se movía, emití un gemido de frustración.

¿La habrían cerrado con la correa? ¿O la estaría aguantando el hombre de la capa?

No importaba; estaba atrapada, y no tenía escapatoria posible. Ahora era su prisionera.

De pronto la cesta se movió bruscamente y yo salí disparada contra uno de los lados. A continuación noté que se deslizaba por el suelo de la casa.

—¡Eh! —exclamé, pero el ruido amortiguaba mi voz. Me tendí sobre el áspero fondo de la cesta, mientras mi corazón palpitaba con fuerza—. ¡Déjenme salir!

Volvieron a zarandear la cesta y a arrastrarla por el suelo.

—¡Niña! ¡Tú, niña! —La mujer intentaba susurrarme algo—. Lo siento mucho —dijo—. Espero que puedas perdonarme, pero no he osado enfrentarme al Verdugo del Reino.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Qué dice?

La cesta se deslizaba cada vez más deprisa, dando tumbos.

—¿Qué ha dicho?

Por toda respuesta hubo un silencio, y ya no volví a oír la voz de la mujer.

Un instante más tarde, oí relinchar a unos caballos. Noté que levantaban la cesta y la zarandeaban. Poco después, la cesta empezó a saltar y agitarse al compás del trote del caballo.

Aunque no veía nada, sabía que me llevaban en un carruaje o carro de algún tipo.

¿El Verdugo del Reino? ¿Era eso lo que había dicho la mujer? ¿Sería el hombre de la capa el Verdugo del Reino?

Empecé a temblar dentro de aquella pequeña y oscura celda. Al principio sólo sentía frío en la espalda, pero poco a poco todo el cuerpo se me fue quedando dormido y helado.

El Verdugo del Reino.

Las palabras resonaban una y otra vez en mi cabeza como un canto terrorífico.

El Verdugo del Reino.

Entonces me pregunté: «¿Qué querrá de mí?»

27

El carro se paró con una sacudida. Luego, aproximadamente un minuto más tarde, se volvió a poner en marcha. Dentro de la cesta, perdí toda noción del tiempo.

«¿Adónde me lleva? —me pregunté—. ¿Qué me tiene reservado? ¿Y por qué yo precisamente?»

Cuando volvimos a parar, me golpeé la cabeza contra la parte frontal de la cesta. Estaba temblando y tenía el cuerpo cubierto de un sudor frío.

Dentro de la cesta el aire se había enrarecido; noté que necesitaba respirar aire puro. Sin embargo, cuando la tapa se abrió me invadió una sensación de pánico. Me tapé los ojos para protegerme del resplandor del sol.

—¡Sacadla! —oí decir al Verdugo.

Unos brazos musculosos me agarraron con rudeza y me sacaron de la cesta de mimbre. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, vi que me sujetaban dos soldados vestidos con uniformes grises. En el momento en que me depositaron en el suelo, mis piernas cedieron y me derrumbé sobre el polvo.

—Levantadla —ordenó el Verdugo. Alcé la vista y vi su silueta recortada contra el sol. Su cara seguía oculta bajo la sombra del sombrero negro.

Los soldados se agacharon para cogerme. Se me habían dormido las dos piernas y me dolía la espalda por los golpes y sacudidas que había recibido dentro de la cesta.

—¡Soltadme! —conseguí exclamar—. ¿Por qué hacéis esto?

El Verdugo no respondió.

Los soldados me sostuvieron hasta que fui capaz de tenerme en pie.

—¡Se ha equivocado! —le dije, con voz temblorosa por el miedo y la rabia—. ¡No sé por qué estoy aquí ni cómo he llegado hasta este lugar, pero sé que se ha confundido de persona! ¡No soy quien cree que soy!

Tampoco esta vez hubo respuesta. El Verdugo hizo un ademán con una mano y los guardas me agarraron por los brazos y me dieron la vuelta.

Cuando le di la espalda al Verdugo y al sol, apareció ante mí el tétrico castillo: la muralla, el patio y las estrechas torres que se alzaban amenazadoras a ambos lados del edificio de piedra.

¡Era la Torre del Terror! ¡Me habían llevado a la Torre del Terror!

Aquél era el lugar donde Eddie y yo habíamos visto al Verdugo por primera vez, donde nos había perseguido al principio. Aquello había ocurrido en el siglo XX, en mi época. Cientos de años después del momento presente. De alguna manera, nos habían arrastrado a Eddie y a mí al pasado, a una época a la que no pertenecíamos. Y ahora Eddie se había perdido y a mí me llevaban a la Torre del Terror…

El Verdugo encabezaba la comitiva. Detrás, los soldados me agarraban con fuerza por los brazos y me empujaban a través del patio en dirección a la entrada del castillo.

El patio estaba repleto de gente de aspecto triste, vestida con ropas sucias y harapientas. Cuando pasé, me miraron fijamente y en silencio. Algunos estaban de pie, como espantapájaros, con la mirada perdida y el rostro inexpresivo, como si tuvieran la cabeza en otra parte. Otros permanecían sentados, llorando o mirando al cielo.

Bajo un árbol, un anciano con el torso desnudo se rascaba frenéticamente con ambas manos el grasiento cabello blanco, y un joven se ponía una venda sucísima sobre un profundo corte en un pie igualmente sucio. Varios bebés lloraban y chillaban. Hombres y mujeres gemían y hablaban en voz baja.

De pronto me di cuenta de que aquellas personas tristes y sucias eran prisioneros. Me acordé de lo que nos había dicho nuestro guía, el señor Starkes; que después de ser una fortaleza, el castillo se

había convertido en una cárcel.

Sacudí la cabeza con nostalgia. «¡Ojalá pudiera estar de nuevo en aquella excursión! En el futuro, en mi época.»

No tuve mucho tiempo para seguir pensando en los prisioneros, ya que enseguida me obligaron a entrar en el oscuro castillo y a subir por la estrecha escalera de caracol.

A medida que subía, el aire se tornaba húmedo y frío. Me pareció que una corriente helada me seguía escaleras arriba.

—¡Soltadme! —les chillé—. ¡Por favor, dejadme ir!

Cuando intenté liberarme, los soldados me empujaron contra la pared de la escalera. Yo grité e intenté zafarme de nuevo, pero no pude; eran demasiado fuertes.

La escalera de piedra daba vueltas y más vueltas. Cuando llegamos a la celda que había en el primer rellano, le dirigí una mirada furtiva y descubrí que estaba repleta de prisioneros. Estaban de pie junto a los barrotes y sus rostros macilentos no expresaban emoción alguna. Muchos ni siquiera levantaron la vista cuando pasamos.

Seguimos subiendo por la escalera empinada y resbaladiza hasta llegar a la puerta que había en lo alto de la torre.

—¡No, por favor! —imploré—. ¡Todo esto es una equivocación! ¡Una confusión!

Sin hacer caso de mis súplicas, los soldados corrieron la pesada aldaba de hierro y abrieron la puerta. Luego me propinaron un violento empujón que me envió volando al centro de la minúscula celda, donde aterricé sobre los codos y las rodillas.

Inmediatamente oí un portazo y el ruido del cerrojo; estaba encerrada, prisionera en lo alto de la Torre del Terror.

—¡Sue! —Una voz familiar gritó mi nombre.

Me incorporé y alcé la vista.

—¡Eddie! —exclamé con alegría—. Eddie, ¿cómo has llegado hasta aquí?

Mi hermano pequeño estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Se acercó a mí y me ayudó a ponerme en pie.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Yo asentí con la cabeza.

—¿Y tú, estás bien? —le pregunté a mi vez.

—Más o menos —respondió. Tenía una mejilla sucia, el flequillo

pegado a la frente, y los ojos rojos y llorosos—. El hombre de la capa me cogió en el pueblo. Ya sabes, en la calle. Cuando pasó el carro de bueyes.

Asentí de nuevo.

—Cuando me volví, habías desaparecido.

—Quise avisarte —dijo Eddie—. Pero el hombre de la capa me tapó la boca y me entregó a sus soldados. Ellos me escondieron detrás de una de las casas.

—¡Qué horror! —exclamé, intentando contener las lágrimas.

—Uno de los soldados me montó en su caballo —continuó Eddie —. Intenté huir, pero no pude. Él me trajo al castillo y me condujo hasta la Torre.

—El hombre de la capa… es el Verdugo del Reino —le dije—. Así le llamó una mujer.

Aquellas palabras asustaron a mi hermano, que clavó sus ojos oscuros en los míos.

—¿Verdugo?

Asentí con tristeza.

—Pero ¿por qué nos quiere a nosotros precisamente? —preguntó Eddie—. ¿Por qué nos ha perseguido? ¿Por qué estamos encerrados en esta horrible torre?

Se me escapó un sollozo.

—No…, no lo sé —contesté.

Iba a decir algo más, pero me callé al oír unos ruidos al otro lado de la puerta.

Eddie y yo no nos atrevimos a movernos del centro de la habitación y nos abrazamos mientras descorrían la aldaba. A continuación la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Venían a por nosotros.

28

Un hombre de cabello blanco, largo hasta los hombros y completamente enredado, entró en la celda. Su barba, corta y puntiaguda, también era blanca, y vestía una túnica violeta que le llegaba hasta los pies.

Sus ojos eran del mismo color violeta que la túnica. Primero dirigió la mirada hacia Eddie y luego hacia mí.

—Habéis vuelto —afirmó solemnemente. Su voz era suave y baja, y sus ojos revelaban una gran tristeza.

—¿Quién es usted? —exclamé—. ¿Por qué nos ha encerrado en esta torre?

—¡Déjenos salir! —exigió Eddie en tono enfadado—. ¡Déjenos salir de aquí ahora mismo!

El hombre del pelo blanco se acercó a nosotros, barriendo el suelo con la túnica. Sacudió la cabeza con pesadumbre, pero no respondió.

A través de la diminuta ventana que había más arriba de nuestras cabezas nos llegaron los gritos y gemidos de los prisioneros que estaban encerrados más abajo. El ventanuco también dejaba entrar la tenue luz del atardecer.

—No me recordáis —comentó el hombre sin alzar la voz.

—¡Pues claro que no! —exclamó Eddie—. ¡Nosotros no tenemos nada que ver con esto!

—Se han equivocado —le dije.

—No me recordáis —repitió, mientras se rascaba la barba con una mano—. Pero me recordaréis.

Parecía dulce y amable, completamente distinto del Verdugo.

Sin embargo, cuando su mirada se clavó en mis ojos sentí un escalofrío. Me di cuenta de que ese hombre tenía poder y era peligroso.

—¡Déjenos marchar! —suplicó Eddie de nuevo.

El hombre suspiró.

—Ojalá estuviera en mi poder soltarte, Edward —dijo suavemente—. Y ojalá pudiese soltarte a ti también, Susannah.

—Espere un momento. —Alcé la mano para indicarle que parara —. Sólo un momento. Me llamo Sue, no Susannah.

Las manos del anciano desaparecieron en los grandes bolsillos de su túnica.

—Quizá debería presentarme —dijo—. Me llamo Morgred y soy el Mago del Reino.

—¿Hace trucos de magia? —preguntó Eddie.

—¿Trucos? —El anciano parecía confundido por la pregunta.

—¿Fue usted el que dio la orden de que nos encerraran? —le pregunté—. ¿Fue usted el que nos hizo viajar al pasado? ¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho?

—No es una historia fácil de contar, Susannah —respondió Morgred—. Tú y Edward tenéis que creer…

—¡Deje de llamarme Susannah! —grité.

—¡Y yo no soy Edward! —insistió mi hermano—. Me llamo Eddie. Todo el mundo me llama Eddie.

El anciano sacó las manos de los bolsillos de la túnica. A continuación apoyó una mano en el hombro de Eddie y la otra en el mío.

—Más vale que empiece por la mayor de todas las sorpresas — anunció—. Vosotros no sois Eddie y Sue, y no vivís en el siglo veinte.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir? —exclamé.

—Que en realidad sois Edward y Susannah —respondió Morgred —. Sois el príncipe y la princesa de York, y habéis sido enviados a la Torre por vuestro tío, el rey.

29

—¡Se equivoca! —exclamó Eddie—. Nosotros sabemos quiénes somos. ¡Se equivoca completamente!

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Las palabras de Morgred resonaban en mis oídos: «No sois Eddie y Sue. En realidad sois Edward y Susannah.»

Di un paso atrás para liberarme de su mano y examinar su rostro con detenimiento. ¿Era una broma? ¿O estaba totalmente loco?

Sin embargo, lo único que revelaban sus ojos era una enorme tristeza. Tenía una expresión solemne, demasiado seria para estar bromeando.

—No espero que me creáis —prosiguió Morgred, al tiempo que volvía a meterse las manos en los bolsillos—. Pero mis palabras son ciertas. Os hechicé para intentar ayudaros a escapar.

—¿Escapar? —exclamé—. ¿Quiere decir… escapar de esta torre?

Morgred asintió.

—Intenté ayudaros a escapar de vuestro destino.

Al decir esto, volví a oír la voz del señor Starkes, nuestro guía, y recordé la historia que había contado. Me acordé del destino del príncipe Edward y la princesa Susannah. El rey ordenó que los asfixiaran con sendas almohadas.

—¡Pero nosotros no somos ellos! —gemí—. Se confunde. Es posible que Eddie y yo nos parezcamos mucho, tal vez nos parezcamos muchísimo, pero no somos los príncipes. Somos dos niños del siglo veinte.

Morgred negó con la cabeza.

—Yo os hechicé —explicó—. Borré vuestros recuerdos. Vosotros

estabais encerrados en esta torre y yo quería que os escaparais, así que primero os envié a la abadía y luego lo más lejos posible a través del tiempo.

—¡No es verdad! —insistió Eddie, chillando—. ¡No es verdad! ¡No es verdad! Soy Eddie…, no Edward. ¡Me llamo Eddie!

Morgred suspiró de nuevo.

—¿Sólo Eddie? —preguntó sin alterar su tono suave—. ¿Cuál es tu nombre completo, Eddie?

—Yo…, esto…, bueno… —tartamudeó mi hermano.

«Eddie y yo no recordamos nuestro apellido —me dije—, ni tampoco dónde vivimos.»

—Cuando os envié al futuro, os di nuevos recuerdos —dijo Morgred—. Los suficientes para que pudierais sobrevivir en una época nueva y distante. Pero los recuerdos no estaban completos.

—¡Por eso no podemos recordar a nuestros padres! —le dije a Eddie—. Pero, entonces, nuestros padres…

—Vuestros padres, el rey y la reina legítimos, están muertos —nos contó Morgred—. Vuestro tío se ha proclamado rey y os ha enviado a la Torre para quitaros de en medio.

—¡Nos…, nos va a asesinar! —tartamudeé.

Morgred asintió y cerró los ojos.

—Sí, me temo que sí. Sus hombres llegarán de un momento a otro y ahora no tengo forma de detenerlos.

30

—No me lo creo —murmuró Eddie—. No es cierto.

Sin embargo, yo percibía la tristeza en los ojos de Morgred y en su voz cálida y suave. El Mago estaba diciendo la verdad.

Poco a poco empecé a asimilar el horror de dicha verdad. Mi hermano y yo no éramos Eddie y Sue del siglo XX, sino Edward y Susannah de York, dos niños pertenecientes a aquella época oscura y peligrosa.

—Procuré enviaros lo más lejos posible de esta torre —intentó explicarnos Morgred—. Os envié a un futuro lejano para que pudierais empezar una nueva vida. Quería que fueseis allí para no volver y no tener que enfrentaros a vuestro fatídico destino.

—¿Y qué pasó? —le pregunté—. ¿Por qué hemos vuelto aquí, Morgred?

—El Verdugo del Reino me estaba espiando —respondió Morgred, bajando la voz—. Debía de saber que yo quería ayudaros a escapar y entonces…

Morgred se calló e inclinó la cabeza hacia la puerta. ¿Habría oído pasos? ¿Acaso había alguien ahí fuera? Los tres escuchamos atentamente.

No se oía nada.

Morgred continuó contando su historia en un susurro.

—Cuando yo os hechicé para enviaros al futuro, el Verdugo debió de esconderse muy cerca y ver que había utilizado tres guijarros blancos para hacer el conjuro. Más tarde, me robó las piedras y repitió el conjuro para enviarse a sí mismo al siglo veinte y traeros de vuelta. Como ya sabéis, os capturó y os trajo aquí.

Morgred dio un paso adelante, levantó la mano y la puso sobre mi frente. Al principio la mano estaba fría, pero se fue calentando con rapidez hasta que finalmente tuve que apartarme para que no me quemara. Al hacerlo, recuperé la memoria.

Me convertí en la princesa Susannah de York, mi verdadera identidad. Recordé a mis padres, el rey y la reina, y mi infancia en el castillo real.

Mi hermano miró a Morgred con furia.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —exclamó, mientras retrocedía hasta topar con el muro de piedra.

Morgred puso la mano sobre la frente de mi hermano y vi que su expresión cambiaba a medida que recuperaba la memoria y descubría que era el príncipe.

—¿Cómo lo hiciste, Morgred? —preguntó Edward, apartándose el moreno flequillo de la frente—. ¿Cómo nos enviaste a Susannah y a mí al futuro? ¿Puedes repetir el conjuro?

—¡Sí! —exclamé—. ¿Puedes volver a hacerlo? ¿Puedes enviarnos al futuro ahora mismo, antes de que lleguen los hombres del rey?

Morgred negó tristemente con la cabeza.

—¡Por desgracia, no! —musitó—. No tengo los tres guijarros. Como ya os he dicho, el Verdugo del Reino me los robó.

En ese momento una sonrisa cruzó el rostro de mi hermano y a continuación se metió la mano en el bolsillo.

—¡Aquí están! —anunció Eddie, guiñándome un ojo—. Se los volví a robar al Verdugo cuando me capturó en el pueblo.

Edward le dio las piedras a Morgred.

—¡Las manos más rápidas de Gran Bretaña! —declaró orgulloso.

Morgred no sonrió.

—La verdad es que es un conjuro muy sencillo —dijo el Mago—. Primero se colocan las piedras una encima de la otra, y sólo hay que esperar a que brillen con un fulgor blanco y luego pronunciar las palabras «Movarum, Lovaris, Movarus». Después se dice en voz alta el año al que se quiere enviar al viajero.

—¿Ése es todo el conjuro? —preguntó Edward, con la vista fija en los guijarros brillantes que sostenía Morgred.

Morgred asintió.

—Ése es el conjuro, príncipe Edward.

—¡Bueno, pues vuelve a hacerlo! ¡Date prisa! —le supliqué.

Su expresión se ensombreció todavía más.

—No puedo —dijo, totalmente embargado por la tristeza.

Tras guardarse los guijarros en un bolsillo de la túnica, Morgred exhaló un largo suspiro.

—Mi mayor deseo sería ayudaros, niños —susurró—. Pero si os ayudo a escapar de nuevo, el rey me torturará y me matará lentamente. Y entonces no podré emplear mi magia para ayudar a toda la gente de Gran Bretaña.

Sus ojos violeta se anegaron de lágrimas, que se deslizaron por sus arrugadas mejillas. Morgred nos miró a mi hermano y a mí con gran pesadumbre.

—Tan sólo espero que disfrutarais de vuestra breve estancia en el futuro —murmuró.

Yo sentí un escalofrío.

—¿De…, de verdad no puedes ayudarnos? —imploré.

—No, no puedo —respondió, bajando la mirada hacia el suelo.

—¿Ni siquiera si te lo ordenamos? —preguntó Edward.

—Ni siquiera —repitió Morgred. Con un gemido emocionado, le dio un abrazo a Edward y luego me abrazó a mí también—. No puedo hacer nada —susurró—. Os pido perdón, pero no tengo otro remedio.

—¿Cuánto tiempo nos queda de vida? —pregunté con voz trémula.

—Tal vez unas cuantas horas —contestó Morgred, evitando mi mirada. Finalmente se volvió, incapaz de mirarnos a la cara.

Se hizo un largo silencio en la minúscula celda, iluminada tan sólo por la luz grisácea que se filtraba por el ventanuco. En aquel instante el aire me pareció más frío y húmedo; no podía dejar de temblar.

De pronto Edward se acercó y me susurró al oído.

—¡Susannah, mira! —me dijo emocionado—. La puerta. Morgred se ha dejado la puerta abierta al entrar.

Me volví hacia la entrada. Edward tenía razón; la pesada puerta de madera estaba entreabierta.

«Todavía nos queda una oportunidad —pensé, al tiempo que el corazón se me aceleraba—. Aún tenemos una pequeña oportunidad.»

—¡Edward, corre! —grité.

31

Di un paso para echar a correr, pero me quedé helada, con un pie en el aire.

Al volverme, vi a Edward también paralizado, con los brazos extendidos hacia delante y las piernas en posición de correr. Intenté moverme, pero no pude. Tenía la sensación de que mi cuerpo se había tornado de piedra.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que Morgred nos había hechizado. Mientras permanecía petrificada en el centro del pequeño cuarto, observé que el Mago se dirigía hacia la puerta. Una vez fuera, se volvió hacia nosotros.

—Lo siento muchísimo —nos dijo con voz temblorosa—, pero no puedo dejaros huir. Tenéis que comprenderlo; he hecho lo que he podido, de verdad. Pero ahora no puedo hacer nada; nada de nada.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas para ir a morir en su barba blanca. Morgred nos dirigió una última mirada lánguida y cerró la puerta de golpe.

En cuanto corrió la aldaba desde fuera, el hechizo se rompió y Edward y yo recuperamos la movilidad.

Me dejé caer al suelo. De pronto me sentía débil y cansada. Edward permaneció de pie junto a mí, tenso y con los ojos clavados en la puerta.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté a mi hermano—. Pobre Morgred, él quería volver a ayudarnos, pero no podía. Si…

Me callé al oír unos sonoros pasos. Al principio pensé que se trataba de Morgred, que había decidido regresar, pero luego oí hablar a gente en voz baja. Eran varios hombres, y estaban justo al

otro lado de la puerta.

Reconocí la voz atronadora de uno de ellos: el Verdugo del Reino.

Me puse en pie con nerviosismo y me volví hacia Edward.

—Vienen a por nosotros —susurré.

32

Ante mi sorpresa, Edward parecía mantener la calma. Entonces levantó la mano y vi que guardaba algo en el puño.

Al abrir la mano reconocí las tres piedras; eran los guijarros blancos de Morgred, que inmediatamente empezaron a brillar.

—Edward, ¿otra vez? —exclamé.

Sus labios formaron una sonrisa y sus ojos oscuros se iluminaron.

—Se los birlé a Morgred cuando me abrazó.

—¿Te acuerdas del conjuro? —le pregunté.

La sonrisa de Edward se desvaneció.

—Creo…, creo que sí.

Fuera oí la voz del Verdugo y el ruido de unos pasos que se acercaban por la escalera.

—¡Edward, date prisa! —le dije.

Oí que corrían la aldaba y abrían la pesada puerta lentamente. Entre tanto, Edward se apresuró a apilar las piedras brillantes una encima de otra, pero la de arriba no cesaba de resbalar.

Finalmente, consiguió que los tres guijarros se aguantaran en forma de torre sobre la palma de su mano.

La puerta se abrió unos centímetros más.

Edward sostuvo los guijarros resplandecientes en alto y gritó: «¡Movarum, Lovaris, Movarus!»

Las piedras desprendieron un enorme resplandor de luz blanca que se desvaneció rápidamente. Eché un vistazo a mi alrededor.

—¡Oh, Edward! —gemí, decepcionada—. ¡No ha funcionado! ¡Todavía estamos en la Torre!

Antes de que mi hermano pudiera replicar, la puerta se abrió del todo.

33

Y allí estaban: un grupo de turistas.

No reconocí a la guía, una mujer joven que llevaba varias camisetas superpuestas de color rojo y amarillo, falda corta y medias negras.

Miré a Edward y le sonreí. ¡Estaba tan contenta que no podía dejar de sonreír!

—¡Lo has conseguido, Edward! —exclamé—. ¡Lo has conseguido! ¡Tu conjuro ha funcionado!

—Llámame Eddie —respondió, riendo alegremente—. Llámame Eddie, ¿de acuerdo, Sue?

El conjuro había funcionado a la perfección. Habíamos vuelto al siglo XX. Habíamos regresado a la Torre del Terror, ¡pero como turistas!

—En esta pequeña celda de la torre es donde encarcelaron al príncipe Edward y a la princesa Susannah de York —anunció la guía—. Fueron encerrados aquí y sentenciados a muerte, pero no llegaron a ser ejecutados.

—¿No murieron aquí arriba? —le pregunté a la guía—. ¿Qué pasó?

La guía se encogió de hombros y masticó su chicle.

—Nadie lo sabe. La noche en que iban a ser asesinados, el príncipe y la princesa desaparecieron. Se esfumaron. Es un misterio sin resolver.

Los miembros del grupo hicieron comentarios en voz baja y contemplaron la habitación.

—Miren los gruesos muros de piedra —prosiguió la guía,

masticando el chicle mientras hablaba—. Fíjense en la ventana con barrotes que hay en el techo. ¿Cómo lograron escapar? Nunca lo sabremos.

—Nosotros sí sabemos lo que pasó —me susurró alguien al oído.

Cuando Eddie y yo nos dimos la vuelta, vimos a Morgred, que nos sonreía y nos guiñaba un ojo. Llevaba una chaqueta deportiva de color violeta y pantalones gris oscuro.

—Gracias por traerme con vosotros —dijo alegremente.

—Teníamos que traerte, Morgred —respondió Eddie—. Necesitamos un padre.

Morgred se llevó un dedo a los labios.

—¡Chist! No me llaméis Morgred. Ahora soy el señor Morgan, ¿vale?

—Vale —dije yo—. Entonces yo soy Sue Morgan y éste es Eddie Morgan. —Le di a mi hermano una palmadita en la espalda.

El grupo empezó a salir de la celda y nosotros les seguimos. A continuación Eddie sacó los tres guijarros blancos del bolsillo de los téjanos y comenzó a juguetear con ellos.

—Si no hubiera tomado prestadas estas piedrecitas —le dijo al señor Morgan—, esa guía habría contado una historia muy distinta, ¿no?

—Sí —respondió el Mago con gesto pensativo—. Una historia totalmente diferente.

—¡Salgamos de aquí! —propuse—. ¡No quiero volver a ver esta torre en toda mi vida!

—¡Me muero de hambre! —exclamó Eddie inesperadamente.

De repente me di cuenta de que yo también estaba hambrienta.

—¿Queréis que haga aparecer comida con un conjuro? —sugirió el señor Morgan.

Eddie y yo soltamos un gruñido de protesta.

—Creo que ya he tenido bastantes conjuros por hoy —repuse—. ¿Y si nos vamos al Burger Palace y nos zampamos unas buenas hamburguesas del siglo veinte con patatas fritas?

Fin